

Clara M. Codd

**¡ENTRÉGATE
A LA VIDA!**



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

ÍNDICE

- Dedicatoria**, *página 3.*
- Introducción**, *página 4.*
- Capítulo I - ¿Qué es Dios?**, *página 5.*
- Capítulo II - ¿Qué es el Hombre?**, *página 9.*
- Capítulo III - La Vida Evolucionada en Ciclos**, *página 12.*
- Capítulo IV – Los Verdaderos Mandamientos de Dios**, *página 16.*
- Capítulo V - El Secreto del Pecado y del Sufrimiento**, *página 19.*
- Capítulo VI – “Jamás te Lamentes de Nada; Nunca Estés Triste”**, *página 24.*
- Capítulo VII – Debemos Seguir Adelante Desde Aquí**, *página 28.*
- Capítulo VIII – La Muerte es Nuestra Amiga**, *página 30.*
- Capítulo IX – El Amor Humano y Divino**, *página 33.*
- Capítulo X – Las Alas del Alma**, *página 37.*
- Capítulo XI – El Lugar de la Belleza en Nuestra Vida**, *página 39.*
- Capítulo XII – Nace una Nueva Religión**, *página 44.*

DEDICATORIA

“¡Oh, Mundo, cómo te ha hecho Dios!
Todo es Belleza y, sabiendo esto, es Amor
y el Amor es Deber.
¿Qué más puede decirse o desearse?”.

Roberto Browning
(Traducción libre).

INTRODUCCIÓN

Durante su larga y activa vida, Clara Codd suscitó inspiración, deleite y algo más a todos los que la conocieron. Ese algo más era una cualidad particularmente bella de su espíritu. Su ilimitado buen humor y amable ingenio la prepararon admirablemente para el rol de conferenciante internacional y fue una experta en el arte de conquistar amistades tanto entre jóvenes como adultos dondequiera que fuese. Llevaba serenamente consigo su sabiduría, como llevaba todo lo demás, sin mostrar indicio alguno de superioridad.

Partidaria de la verdad y la justicia, en sus años juveniles tuvo especial actividad en el movimiento sufragista femenino. Más tarde dedicó su considerable energía al movimiento teosófico. Pero siempre su sentido de la proporción y una firme voluntad le evitaron caer en el fanatismo. Afortunadamente sobreviven sus escritos para mantener viva esa especial cualidad que era evidente en su presencia.

Presentado, como ella lo hace, con preguntas que todo pensador se cuestiona, “Entrégate a la vida” representa la quintaesencia de años de una existencia sensata y reflexiva y testimonia la denodada fe que la propia autora depositaba en la vida.

Bridget Paget

CAPÍTULO I

¿QUE ES DIOS?

Recuerdo que, cuando yo era joven, se consideraba mala persona a todo aquel que afirmaba no creer en Dios. En realidad, lo que quería expresar era que no aceptaba la “imagen” corriente de Dios. Siendo niña imaginaba a Dios, como la mayoría de la gente, con el aspecto de un anciano señor habitante de los cielos, un viejo señor al cual temía y, ciertamente, no amaba.

En la pared del jardín de infantes al que concurría, se leía un texto enmarcado: “Tú, Oh Dios, me ves”. Las niñeras y las institutrices explicaban que Dios nos observaba de continuo y que prestaba atención a todas nuestras pequeñas faltas. Yo llevaba una vida bastante feliz hasta el día en que mi madre sugirió a nuestra joven institutriz: “Creo que a las niñas hay que enseñarles un poco de religión”.

“Vengan”, dijo la Srta. Fife. Tomó una gran Biblia de un estante y nos leyó la historia de la Crucifixión. “¡Qué horrible cuento!”, dije cuando hubo terminado.

“¡Niña mala! ¡Eso es verdad!”, me contestó.

Más tarde empecé a escuchar relatos acerca del Paraíso, el cual se encontraba arriba, en los Cielos, en alguna parte, y acerca del Infierno que se hallaba en algún sitio, “aquí abajo”. El infierno me horrorizó y me quitó toda la alegría de vivir. Por algunas razones que tal vez los psicólogos podrían explicar, estaba segura de que mis padres irían allí. De noche no podía dormir pensando en su horrible destino y en la forma de ayudarlos para su salvación.

A medida que pasaban los años, mis temores se disipaban. Me hice más osada y menos creyente. Cuando tenía casi quince años, un día inesperado, tiré por la borda ese Dios aterrador y me declaré atea. Muy pocos advirtieron mi actitud. Comencé a despertar interiormente cuando, merodeando un puesto de libros usados en la pequeña ciudad campestre donde vivíamos, di con un folleto tamaño bolsillo titulado: **“EL MUERTO QUE VIVE”** el cual compré por seis peniques. Contenía fotografías de espíritus. Me emocioné. “¡Al menos vivimos después de la muerte!”, me dije.

Justamente, en aquella época, visitaba a mi maestra la hija de un fabricante de pianos.

Nos hicimos grandes amigas y me invitó a vivir con ella en Londres. Descubrí que era una ferviente espiritista. Me llevó con ella a muchas sesiones y reuniones.

Pero nunca encontré una verdadera ayuda en el espiritismo. Parecía que la mayoría de los habitantes del más allá se pasaban el tiempo cerca de uno para enviar mensajes como: “Dile a Mary que me siento feliz”. No mucho después mi padre falleció y nos fuimos todos a vivir a Suiza, en la histórica ciudad de Ginebra.

Allí, en la casa del Cónsul de Rusia, el Conde Prozor, me encontré con el Coronel Henry Olcott, como lo he narrado muchas veces, y escuché la descripción de su vida con Madame Blavatsky y los cinco Adeptos que él encontrara en cuerpo físico. Ese fue el

comienzo de una nueva existencia para mí. Quizá venga a propósito una pequeña e interesante anécdota. Solía colaborar económicamente con mi familia enseñando inglés. Un día contesté el aviso de la hija de un posadero que vivía en las montañas del Jura y deseaba aprender inglés. Me hospedé en su casa durante tres meses. Los viñedos cubrían las laderas inferiores de la montaña. Cuando llegó el momento de recoger las uvas, llegaron hombres de la vecina Saboya para la vendimia. Dormían con las vacas. Se me dijo que dormir con las vacas curaba la tisis. Allá, en lo más alto de las montañas, no había médicos. Sabias mujeres que recogían hierbas al alba, antes de que se secase el rocío, las prescribían a los enfermos. Algunas de ellas eran clarividentes y tenían ojos extraños.

En aquel entonces, sin título alguno, pues jamás había concurrido al colegio, me preguntaba cómo podría ganarme mejor la vida. Entonces escuché hablar de una joven paisana, famosa por orientar a la gente sobre lo que le convenía realizar. Así, una mañana fui a visitarla. La encontré preparando el almuerzo. Su madre siguió con esa tarea. Me guió a una habitación interior, entró en trance y me tomó la mano. “Ni doncella, ni cocinera, ni vendedora”, murmuró. Sorpresivamente dijo; “¡Oh, la veo!”. “¿Qué ve usted?”, pregunté yo.

Contestó: “La veo sobre una plataforma con cientos de personas ante usted”. De nuevo inquirí: “¿Qué estoy haciendo? ¿Soy una actriz?”. “Oh, no, no es una actriz”, respondió. “Entonces, ¿qué estoy haciendo?”, pregunté otra vez. “No se lo puedo decir, pero me parece escuchar la música de Wagner”, replicó. Esto ocurrió varios meses antes de que oyera hablar de Teosofía por primera vez.

Debe haber miles de seres educados, como yo, con una horrenda imagen de la Divinidad afirmando que ella es Amor; pero que, al mismo tiempo, puede condenar al eterno tormento a las criaturas por ella creadas. No es extraño que se produzca, en la actualidad, una creciente rebelión contra ese increíble aserto. Como ha dicho el Obispo de Woolwich, el Dr. John Robinson: “La imagen que hemos forjado de Dios debe desaparecer”.

Los hombres dirán: “Sin embargo ha de existir un Creador. Este universo no puede salir de la nada”. Y citarán el texto bíblico que afirma que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, lo cual entienden como una referencia a nuestros cuerpos físicos.

Todas nuestras ideas están representadas por algún tipo de imágenes. No nos damos cuenta de que la mayoría de estas imágenes son símbolos. No debemos tomarlas por realidades. Tal como un niño piensa en Dios imaginándolo un anciano señor en los cielos, así también es difícil para el hombre meditar sobre el Creador del universo en otros términos que no sean humanos. Las antiguas escrituras hindúes enfrentan esta disyuntiva acerca de cuál idea - la personal o la metafísica - está más cerca de la verdad. Arjuna pregunta al Señor Sri Krishna si se debe confiar más en aquellos que adoran lo Inmanifestado o en aquellos que aman a la Divinidad en una forma personal. El Señor responde que la dificultad es mayor para aquellos cuya mente está dirigida hacia lo Inmanifestado, “porque el sendero de lo Inmanifestado es difícil de realizar para los encarnados”. Resulta arduo para el hombre visualizar a Dios en todo lo que no se presente en términos humanos. Como dijo Voltaire: “En el principio creó Dios al hombre a Su propia Imagen y, desde entonces, el hombre ha estado devolviéndole el cumplido”.

Pero hay una sola Vida en todo el universo, en cada forma, y aún en cada átomo.

Esa Vida es una e indivisible. Nunca muere sino que renace una y otra vez en miríadas de formas que cambian y desaparecen. Y siempre reencarna en formas más elevadas y mejores. Este cambio rítmico e incesante se llama evolución. ¿Qué es esa Vida Una que se manifiesta en todo lugar? El Profesor Radhakrishnan da la respuesta: “Vida es Dios”. O bien, según las palabras de “**LA DOCTRINA SECRETA**”, de H. P. Blavatsky, existe “un Principio Omnipresente, Eterno, Sin Límites e Inmutable sobre el cual es imposible toda especulación puesto que trasciende el poder de la concepción humana y puede ser empequeñecido por cualquier expresión o comparación humana”. (“La doctrina secreta, Ed. Kier, Vol. 1, pág. 79). O podríamos citar “**EL IDILIO DEL LOTO BLANCO**”, de Mabel Collins: “El principio dador de vida habita dentro de nosotros y fuera de nosotros; es inmortal y eternamente benéfico; no se oye, ni se ve ni se huele, pero lo percibe el hombre que aspira a la percepción”.

“**LA DOCTRINA SECRETA**” dice también que el espíritu en el hombre es una chispa de esa omnipenetrante Vida y enseña “la identidad fundamental de todas las Almas con el Alma Suprema Universal, siendo esta última un aspecto de la Raíz Desconocida, y el peregrinaje obligatorio para toda Alma -chispa de la primera- a través del Ciclo de Encarnación, o de Necesidad, de acuerdo con la Ley Cíclica y Kármica”. (Nota al pie, Ibid. Ed. Kier, Pág. 81). Esto ocurre porque cada hijo del hombre es también, y eternamente, un Hijo del Altísimo. Tal la herencia que nadie puede quitarle.

De tal manera va surgiendo en el mundo un nuevo concepto de la Divinidad y, con ello, un testimonio de lo que podemos llamar una nueva religión, la Religión de la Vida Misma. De esto surgen muchas implicaciones llenas de esperanza e iluminación para los hombres.

La antigua idea de una Divinidad personal ha resultado ser desastrosa según lo expresa un Adepto tan grande como es el Mahachohan cuando escribe: “El mundo en general y el Cristianismo en especial, entregados por dos mil años al gobierno de un Dios personal, así como sus sistemas políticos y sociales basados en esa idea, han experimentado actualmente un fracaso”.

En todas partes hay una Vida y ésta es Una. H. P. B. (En todo el libro la autora se refiere con frecuencia a la Sra. Blavatsky solamente con las iniciales de su nombre. Nota del editor) llama “el principio de limitación” a las formas que la incorporan.

Esa vida omnipenetrante es demasiado vasta para que la comprendan nuestros pequeños intelectos. Pero que exista una Unidad, un Principio Vital omniabarcante, es evidente por sí misma. La Vida se expande alrededor y dentro de nosotros y a través de varios estados de conciencia. Y se trata siempre de la misma Vida, la Vida Una, la Única. No podemos afirmar qué la hace crecer, qué la hace expandir y contraer, crear y destruir. Acerca de ella sabemos tan sólo dos cosas: que avanza en forma cíclica y que es gobernada por una Ley inmutable, una Ley que no conoce modificación, “ayer, y hoy, y siempre”, la eterna Voluntad del universo que señala algún lejano evento hacia el cual se mueve toda la Creación. En la terminología religiosa se la designa con el nombre de la Voluntad de Dios. Ordenemos estas ideas en forma tabulada.

- 1.- La Vida es Dios.
- 2.- La Vida es Universal. En la Vida “vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”.

- 3.- La Vida evoluciona, y lo hace en forma cíclica como pensaban los antiguos griegos.
- 4.- La Vida evoluciona bajo el gobierno de una Ley inmutable, los “verdaderos mandamientos de Dios”.

La Vida es Dios. Recordemos que, toda vez que vemos cómo se abre una flor, el movimiento de las ramas de un gracioso árbol o la marea creciente o menguante, estamos observando la Vida Divina en acción. No podremos conocer a Dios mientras no hayamos logrado unir nuestra pequeña conciencia humana con la inmortal, omnipenetrante, Conciencia y Vida que nos circunda. Quisiera agregar algunas palabras del Maestro D. K. acerca de la Vida.

“La Vida no puede expresarse en palabras, ni tampoco su lograda perfección... En tanto el hombre se encuentre en la forma, no podrá comprender qué es la Vida”.

CAPÍTULO II

¿QUE ES EL HOMBRE?

“¿Qué es el hombre por el cual te preocupas?”, canta el Salmista. y Shakespeare, el bardo inmortal, dice algo parecido. Los antiguos le llamaban el Microcosmos que incorpora y simboliza todas las fuerzas y potencias del Universo, el Macrocosmos. Sí, el hombre es esa maravilla, tanto en el simbolismo de sus órganos y miembros como en la trinidad de su constitución psicológica. Nosotros pensamos, sentimos y actuamos. ¿Hacia qué ideal apuntan estos tres aspectos?. El pensamiento aspira a la sabiduría; el amor es el gran poder creador en el hombre; la acción desarrolla capacidad o poder. Así se reflejan en el hombre la prístina Sabiduría, el Amor y el Poder del Universo, el origen de todas las trinidades teológicas. Todos los dogmas teológicos son símbolos cristalizados y, a la postre, tienden a tener prisionero al hombre.

John Ruskin dijo que gran parte del antiguo conocimiento se oculta en la derivación de las palabras. Si observamos la palabra “símbolo”, encontramos que deriva del griego significando “figura real que evoca algo distinto de ella”. Un símbolo es un Indicador que señala una verdad demasiado grande para quedar encerrada en una palabra o en una idea. El símbolo nunca es la cosa misma ni debe tomarse por ella.

El hombre no es solamente un cuerpo físico sino mucho más que eso, la Teosofía asevera que tiene un alma o, más bien, que “es” un alma que usa en la actualidad un cuerpo para lograr experiencias. Eso resulta evidente para todos aquellos que poseen visión psíquica por cuanto esa visión más clara percibe mundos cada vez más sutiles dentro de mundos de formas materiales - es decir, con creciente velocidad vibratoria - los cuales ínterpenetran y rodean formas más densas tales como las de nuestro mundo físico. Es útil recordar que la palabra de la Biblia traducida como “alma” es la palabra griega “psiche” de la cual derivan las expresiones “ciencia psíquica” y “psicología”: ambas, modernos departamentos del conocimiento ya que una explora los alrededores del mundo interno del alma desde el punto de vista de su existencia objetiva y la otra clasifica los poderes de su conciencia.

Así pues, el hombre es un alma que posee un cuerpo. Es el alma la que piensa y siente y las vibraciones resultantes ponen en movimiento - aunque en, voltaje inferior - una inmediata vibración complementaria en las células del cerebro y del sistema nervioso. El alma, o contraparte psíquica del cuerpo, es, como afirmaba Séneca, la sed del pensamiento y el sentimiento. Su deseo de ponerse en contacto con el mundo exterior desarrolló los órganos de sensación. “El alma deseaba ver, y por eso desarrolló los ojos; deseaba oír, y por eso desarrolló los oídos”, etc., dicen las escrituras hindúes.

El cuerpo del hombre, como sugiere su derivación anglosajona (body), es aquello que H. P. B. llamaba la casa en la cual vivimos temporariamente. Esta temporaria morada contiene dos grupos de nervios: unos que nos traen las sensaciones desde afuera, con las cuales formamos conceptos e ideas mentales, los nervios sensorios, y otros por medio de

los cuales actuamos sobre lo que nos rodea, los nervios motores. El pensamiento no se origina en el cerebro que es sólo su mecanismo de transmisión tal como las teclas del piano para el músico. No hay música en el piano. La música se encuentra en el alma del músico; pero él necesita del piano para expresarla puesto que se halla limitado en su capacidad de transmitir. Del mismo modo que un transformador eléctrico, el cerebro amortigua y disminuye las rápidas vibraciones del sentimiento y del pensamiento. Después de la muerte, pensamos con mayor rapidez y sentimos más vívidamente, porque el alma no está fuera del cuerpo físico sino que lo penetra e ínterpenetra como las esferas a las cuales pertenece y que penetran e ínterpenetran todo el universo físico.

Estas invisibles esferas no pueden ser captadas por el ojo humano, adaptado para responder a un cierto tipo de vibraciones físicas. Las longitudes de ondas psíquicas son demasiado rápidas para los ojos físicos; pero pueden ser captadas por ciertos centros “ocultos” que se encuentran en la contraparte más sutil del cuerpo físico, de materia “etérica”.

Estos “centros” corresponden, más o menos, a los principales plexos nerviosos del cuerpo. Despertados y activos, revelan al vidente los mundos de materia más sutil que, entonces, pueden explorarse e investigarse. Cuando se logra esto, se comprueba que el sentimiento se expresa en colores los cuales son índices de vibración y se han incorporado a dichos comunes como: “ver rojo”, “estar azul”, etc. Esto nos sugiere ese mundo aún más sutil donde el poder creador de la imaginación o facultad de crear imágenes proporciona formas e imágenes. El pensamiento es el constructor de la forma. Por medio de ese poder recordamos sucesos y personas y también representamos cuadros mentales de lo que puede suceder en el futuro. Esta facultad de “construir imágenes” debe ser controlada y empleada. Sin control puede convertirse en una fuerza devastadora como en el caso de un enfermo imaginario o de una persona demasiado ansiosa. Por lo tanto la mente es el constructor de la forma y el sentimiento (emoción) es el poder motor, como se ve claramente en la raíz de la palabra “emoción”. El sentimiento impele a la acción; la mente muestra cómo.

“Pienso, luego existo”, dijo el filósofo Descartes. La mente es también el asiento de la “yoidad”: “esto soy Yo”, “Yo no soy esto”, etc. Las escrituras hindúes llaman, a esta facultad, “ahamkara”. Ella nos da el sentido de la identificación personal; pero, cuando está sin control, es la raíz del egoísmo, de la ambición y del orgullo. Nos hace desear cosas para nosotros mismos, envidiar a los demás, anhelar convertirnos en personas prominentes. Todos poseemos tal facultad. Durante muchas vidas esto constituye, así nos lo dice H. P. B., una protección necesaria para la evolución tal como la cáscara del huevo envuelve al pollito en potencia e impulsa el esfuerzo del hombre. Su propósito es lograr que el hombre establezca un centro firme que destruya el caparazón que lo rodea y que, al volverse uno con la Vida Universal, continúe al mismo tiempo conservando ese centro individual de conciencia convirtiéndose - como afirma H. P. B. - en un centro eterno sin periferia como el mismo universo.

Ese centro imperecedero en la Vida Universal es el centro más profundo del ser en cada uno de nosotros. Es el eterno “Hijo de Dios” dentro del hombre. A veces lo llamamos el “Yo Superior”. Eso es algo inherente a cada “hijo de hombre” que nadie podrá quitarle jamás. Durante muchas existencias vivimos inconscientes de esa fuente profunda aunque nos llegan de ella impulsos cada vez más frecuentes, tales como una repentina inspiración, un desconocido coraje, una honda compasión, etc.

A este profundo centro interno, San Pablo lo llama “el Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. San Pedro describe al hombre como un ser triple que posee un cuerpo, un alma o contraparte psíquica y un “yo” espiritual. Ese centro espiritual es la “palabra de Dios” que nunca se pierde. “Los Cielos y la Tierra pasarán (el cuerpo y el yo psíquico pueden perderse), “pero Mis Palabras” (el hombre espiritual en nosotros) “no se perderán”. Si la Vida no hubiese pensado en nosotros y no nos hubiese hablado, nunca habríamos llegado a la existencia.

Luego están los planos que intervienen en la Naturaleza y que podemos llamar los Cielos y la Tierra. La tierra física es el más bajo y más denso, es decir el que tiene las vibraciones más lentas. Es el mundo del sufrimiento y del dolor. La Sra. Blavatsky dice que la ciencia oculta no conoce ningún “infierno” o lugar de castigo que no sea un planeta habitado por hombres. Creo firmemente en ello. Sin embargo este desdichado mundo se convertirá en otro cielo el día en que se haga al fin Su Voluntad sobre la tierra como se hace en el Cielo.

Krishnamurti dice que, si podemos observar la vida sin ninguna reacción de aprobación o desaprobación o sin evaluación alguna, contemplando simplemente cómo trabaja nuestra mente, ésta se aquietará de manera natural y entonces entrarán en nosotros la conciencia universal, la bienaventuranza, la verdad. De tal modo se habrá terminado el evolutivo peregrinaje del hombre y el Alma Suprema habrá encontrado un canal más para su expresión.

“Acércate a Dios y Dios se acercará a ti,” dice Santiago. Dejar el vuelo libre de nuestro pensamiento hacia esa maravillosa y omnipenetrante Vida, el tratar de percibirla en todas las cosas vivientes (no existe materia “muerta” en ningún lugar del universo) nos proporcionarán una respuesta.

Porque, como afirma H. P. B., esa Vida Suprema se encuentra siempre dispuesta a verse en quienes la representan aquí, pero sólo puede hacerlo cuando el pequeño “yo” la ha adorado y venerado. Hemos de dar el primer paso. Dios responderá porque cada hijo del hombre es también hijo de Dios. El Señor Cristo citó las palabras del Rey David cuando dijo: “Vosotros sois Dioses”. No existe el “pecado”, sino nuestra falta de desarrollo. De esto hablaremos en otro capítulo.

Recordemos que la Vida es pura, santa y sin corrupción. Hace muchos años en una reunión en Varanasi, India, me pareció ver el mundo en medio de una atmósfera extraordinaria tal como lo ven los Hombres Perfectos. Y no existía ninguna diferencia. Todo era igualmente importante, todo igualmente venerable.

Una vez que el hombre alcanza esa Vida Inmortal en plena conciencia, se convierte en un radiante centro de esa maravillosa Vida para los demás hombres y, aún más, para todo lo que vive. Y no existe nada que no tenga “vida”. No existe la “materia muerta”.

¿Qué es, por lo tanto, el hombre?. Un cuerpo que aprisiona - y en última instancia expresa - al Hijo de Dios, el inmortal fluir de la Vida misma. Es un ser maravilloso al que hay que amar, auxiliar y comprender en cada caso y en todas las ocasiones.

CAPÍTULO III

LA VIDA EVOLUCIONA EN CICLOS

¿Han observado ustedes, alguna vez, el hecho universal de que la vida se mueve de una manera cíclica retornando de continuo sobre sí misma, pero elevándose hacia un nivel superior?. ¿Han sabido ustedes de una tarde que no haya sido seguida por una mañana o de un Invierno que no haya precedido a la primavera?. Una noche de descanso y asimilación sucede a un día de actividad y, de la misma manera, lo que hacemos hoy es el resultado de ayer y la causa de lo que sucederá mañana. Así, una vida, con sus eventos y circunstancias, es la consecuencia de todas las vidas que quedaron atrás y la precursora de los eventos que vendrán. San Clemente de Alejandría escribió justamente acerca de esto: “Cada alma viene al mundo fortalecida por las victorias o debilitada por las derrotas de su vida anterior. Su lugar en este mundo como un receptáculo designado para el honor o la deshonra está determinado por sus anteriores méritos o deméritos. Su trabajo en este mundo decide su lugar en el mundo que sigue a éste”.

A veces un alma no es debilitada por los defectos, sino que se fortalece al superarlos.

Toda la naturaleza sigue la misma ley. Durante el invierno la vida de las flores y de los árboles parece hallarse en estado de reposo; pero continúa allí, esperando una vez más la primavera. El mismo proceso se ve en la vida del hombre. Así como transcurren la mañana, el mediodía y el atardecer y, durante el ciclo anual, la primavera, el verano, el otoño y el invierno, existen la juventud, la madurez y la vejez dentro del período vital del hombre. Así también despierta renovado después de una noche de descanso y, de la misma manera, retorna lleno de vitalidad cuando accede a un cuerpo nuevo y pleno de vigor. Porque ha llegado la hora de renacer. Otro día de experiencia y desarrollo amanece para él en el nuevo y joven cuerpo que lleva consigo una nueva mente y un nuevo corazón donde moran las semillas de todo lo pensado y sentido en el largo pasado. Un recién nacido no es una obra (o creación) nueva.

Como escribió el Maestro K. H. al Sr. Sinnett: “A. P. Sinnett no es absolutamente una novel invención”.

¿Por qué un nuevo ser nace entre nosotros? . Porque lo hemos amado y conocido en el pasado y se entrega a nuestro cuidado mientras su cuerpo permanece joven e indefenso. Porque el amor es una enérgica fuerza de atracción y forma lazos que nunca se podrán destruir. ¡El odio, también, desgraciadamente!. Así, de esa manera, se forma el vínculo familiar. En nuestro fuero interno, lo único que no es nuevo sino inmortal y en constante desarrollo es nuestro “yo” espiritual. H. P. B. dice que las Huestes Angélicas colocan a ese yo inmortal en contacto con su nuevo cuerpo en los momentos previos al nacimiento llamado “apresuramiento” (“quickenning”) cuando el feto da señales de vida. El vínculo así formado atrae a la personalidad, después de la muerte, hacia ese plano maravilloso llamado “Devachan”, el “hogar de los Dioses”, el “Mundo Celestial”. Después de un período de

descanso y de recapitulación (reelaboración) en dicho plano, el Ego Divino es atraído otra vez hacia la Tierra por un nuevo cuerpo recién constituido, una mente y un corazón frescos y jóvenes que son el producto de los anteriores. Los lazos creados con otros egos no se han de quebrar nunca y nos llevan a encontrarlos una y otra vez.

Entre todos, el ciclo más extenso es el peregrinaje del espíritu inmortal del hombre desde el Divino Pleroma, como una naciente posibilidad sin consciencia, hasta su vuelta como “Hijo de Dios” consciente y desarrollado a pleno. Este ciclo se denomina, en las escrituras hindúes, Pravritti Marga (Sendero de Salida o de Ida) y Nivritti Marga (Sendero de Retorno). Platón llama, a este peregrinaje, “los grandes arcos”.

Todos nos hallamos en este gran sendero.

Algunos se encuentran mucho más cerca que otros del Sendero de Retorno. En el primer volumen de **LA DOCTRINA SECRETA** el discípulo dice al Gurú: “Veo una Llama, Oh Gurudeva, e incontables chispas indesprendidas que brillan allí”.

Estas “chispas indesprendidas” son nuestros “yoes” espirituales que no han dejado nunca el “Jardín del Edén”, es decir: los reinos espirituales interiores, pero que han enviado un limitado representante para recoger los frutos de las experiencias en estos mundos. C. W. Leadbeater solía decir que tal evento es como sacar afuera un brazo y luego retirarlo. ¡Y el brazo llega a creer que lo es todo!. A esta emanación y repliegue del Yo espiritual los llamamos “Vida”. El hombre eterno dentro de nosotros los lleva a cabo durante muchas existencias, ¿Por qué?. Porque el Poder Divino busca contacto con los mundos materiales a fin de desarrollar vehículos de conciencia en todos los planos de la Naturaleza.

Este deseo del Poder Divino en nosotros de ponerse en contacto con la materia y los distintos mundos que la integran, de entenderlos y conquistarlos nos conduce a la manifestación. Las “chispas indesprendidas” son inconscientes, nescientes; pero, al enviar sus representantes a los planos inferiores y densos, van desarrollando lentamente su autoconciencia y la propia motivación. De este modo, un día, se convertirán en “Dioses” conscientes, dotados de los poderes de esa Vida y Conciencia de la cual emanaron. De tal manera nace un “Hijo de Dios” de aquel que parecía ser sólo un “hijo del hombre”.

Dice H. P. B. que el retorno al Hogar se produce “en un primer período por un impulso natural y luego por esfuerzos propios conscientemente dirigidos y controlados por su Karma”. (D. S., Edic. Kier, Vol. 1, pág. 81) y en “**CARTAS DE LOS MAESTROS**” se afirma que los Adeptos “se convierten en tales, no se hacen”, (Cartas de los Maestros”: 1 a. ed. castellana, pág. 328; carta LIV).

En el Sendero de Ida, como he dicho, el hombre espiritual desenvuelve vehículos de conciencia en todos los planos de la Naturaleza. Cada uno de estos vehículos rige uno por vez y se desarrolla dirigiendo. En el Sendero de Vuelta (o de Retorno) la esencia divina comienza a despertar y gobernar.

Este es el “nacimiento del Cristo” en nosotros, “la esperanza de gloria”. La purificación gradual del cuerpo y el desarrollo del alma del aspirante han preparado el camino al nacimiento de su conciencia espiritual.

En definitiva, éste es nuestro últimísimo destino. Como dice San Agustín: “Fuimos creados para Ti, y nuestras almas no tienen descanso hasta que encuentran reposo en Ti”.

En las escrituras cristianas, a estos grandes arcos se los llama “la Caída” (en la materia) y “la Redención” (del Espíritu). La historia del Jardín del Edén es una alegoría muy antigua referida a la evolución humana. Es mucho más antigua que las escrituras

cristianas y también que las hebreas ya que se han encontrado dibujos de un hombre y una mujer junto a un árbol y una serpiente en piedras y joyas entre las ruinas de la antigua Caldea. La serpiente es un símbolo antiquísimo que representa el producto de una evolución anterior, el Iniciado (“naga”, en sánsc. también: serpiente). ¿No expresó el Cristo a sus discípulos la necesidad de ser tan astutos como serpientes”? Así, la divina potencialidad fue conducida fuera del Jardín del Edén y sometida al gobierno de “los pares de opuestos”, como dirían en Oriente, o, corro se expresaría en Occidente, inducida a correr del árbol del conocimiento del Bien y del Mal.

¿Han observado ustedes ese otro gran hecho: el juego incesante de los pares de opuestos?. ¿Existe algo que no tenga su opuesto?. ¿Y qué representa para el hombre dicho juego?. Esa perpetua interacción permite la evolución gradual de la autoconciencia y de la automotivación. ¿Por qué?.

Para que pueda conocer cómo elegir el bien y rechazar el mal, dice la Biblia. El último par de opuestos es el Bien y el Mal. Dios y el yo espiritual están más allá de los pares de opuestos.

Por lo tanto este gran ciclo de ida y vuelta del espíritu humano se debe a un maravilloso y espléndido propósito. Comienza su camino ignorante y sin desarrollo alguno. Retorna a Dios con sabiduría y poder, comprendiendo todos los planos de la Naturaleza y siendo capaz de funcionar en todos ellos. En la historia del Jardín del Edén figura otro árbol custodiado por un Querubín con una espada flamígera. El Querubín simboliza la Conciencia Superior (en “**LUZ EN EL SENDERO**” se lo llama “el guerrero interno”) y la espada siempre es el emblema de la Voluntad.

Cuando llega la hora, el “yo inferior” se convierte en uno solo con el “yo superior” y tiene conciencia de la inmortalidad.

Me han preguntado si nuestro libre albedrío es dual por naturaleza. Ante todo, nuestro libre albedrío se ejerce aquí, en la Tierra, a fin de conseguir objetos para el “pequeño yo”. Sin embargo, gracias a su ejercicio, crecemos. Cuando nace la conciencia espiritual, su pequeña voluntad se unifica con la Voluntad Una, la Voluntad del Universo. Para decirlo con las palabras de Alfred Tennyson:

“Our wills are ours, we do not know how, our wills are ours to make them Thine”.

“Nuestra voluntad es nuestra, ignoramos cómo, nuestra voluntad es nuestra para hacerla tuya”. (Traducción libre).

Cristo llama a la naturaleza superior del hombre “el Ángel” en el hombre que “siempre contempla el rostro de mi Padre en los Cielos”. A veces El habla también de esa Conciencia Superior como de “la perla de gran valor” que se encuentra profundamente oculta y ha de ser desenterrada al precio de todo lo que el hombre posee.

La diferencia entre el alma que desciende o cae en la materia y el alma que retorna de ella puede compararse a la diferencia entre un recién nacido y un hombre maduro.

Podemos preguntarnos: ¿Por qué razón hemos de crecer hasta nuestra estatura y plenitud con tantos dolores y dificultades?. Es que nos enfrentamos ante una ley universal de la Naturaleza. Toda forma de vida se inicia con un comienzo infinitesimal y lo maravilloso de esto es que, en ese diminuto comienzo, están contenidas todas las promesas y potencialidades de lo que más tarde se revelará. ¿Quién, si lo ignorara, podría imaginar, ante la contemplación de una bellota, que se encuentra frente al futuro gigante del bosque?.

¿Y quién, al mirar a un hombre corriente, puede percatarse de que en él yace, en latencia, un futuro dios?.

CAPÍTULO IV

LOS VERDADEROS MANDAMIENTOS DE DIOS

San Clemente de Alejandría manifestaba que existen tres maneras de contemplar las declaraciones dogmáticas acerca de la existencia. Si usted fuera una persona simple, sin cultura, las tomaría al pie de la letra; pero, aun así, lo ayudarían a vivir una vida digna. Si usted fuera más culto, podría reconocer su significado alegórico y, si usted tuviera inclinación al misticismo, reconocería su sentido místico.

En la actualidad, seguramente pocos creen que el Creador del Universo apareció ante Moisés en la cima de una montaña transmitiéndole los Diez Mandamientos, los cuales son en realidad los mismos en todas las grandes religiones. San Agustín, dijo:

“Lo que ahora se llama religión cristiana existió entre los antiguos y nunca ha dejado de existir desde el origen de la raza humana hasta que, habiendo aparecido el Cristo mismo, comenzaron a designar como cristianas a las verdades de la religión conocida hasta entonces”.

¿No se entiende con bastante claridad qué son los “mandamientos de Dios”?

Ellos son las inmutables Leyes de la Naturaleza en las cuales no hay variación ni sombra de desviaciones, “lo mismo ayer, hoy y siempre”. H. P. B. dice que ellas muestran “la huella de la Mente Divina en la materia”. Y, así como la Gran Vida se encuentra en todo lugar, del mismo modo las Leyes de la Naturaleza son universales. Me agradan las palabras del Salmista:

“Hacia dónde me alejaré de Tu Espíritu,
y adónde huiré de Tu Presencia?
Si subiera a los Cielos, allí estarías Tú;
si en el Infierno hiciera mi lecho,
he aquí, allí estarías Tú.
Si tomara las alas del alba
y habitara en lo más profundo del mar,
aun allí me guiaría Tu mano,
y Tu mano derecha me sostendría”.
(Salmo 139)

Y Lord Tennyson, con visión profética, escribe:

“Our little systems have their day,
they have their day and cease to be.
They are but broken lights of Thee

and Thoy, o Lord, are more than they”.

Nuestros pequeños sistemas tienen su día,
tienen su día y dejan de existir.
No son sino fragmentos de Tu Luz
y Tú, Oh Señor, eres más que ellos”.
(Traducción libre).

El hombre se torna cada vez más consciente de que existe una Ley. La Ciencia nos ha enseñado la inmutable Ley Física.

Sólo hay un paso hacia la comprensión de que una Ley inmutable reina también en los mundos psíquico y espiritual. Y esta gran Ley produce un doble resultado. Si un hecho o un pensamiento se encuentran en armonía con la unidad fundamental de la vida, es decir con el bien, el progreso y la felicidad de todo lo demás, da como resultado felicidad y progreso, para el creador de ese pensamiento o hecho. Si introduce daño dentro de esa vida fundamental, da como resultado sufrimiento para el hacedor.

Así, H. P. B. aseguraba que el dolor es “el maestro, el que despierta la conciencia”. Hablaré acerca de eso en otro capítulo.

Resulta fácil comprender que, aunque tenemos aversiones y tratamos de evitar las penas y preocupaciones, sin ellas existiría un mundo carente de interés y todos nosotros seríamos meros robots y no evolucionantes Hijos del Altísimo.

La Ciencia llama, a las Leyes universales y a sus resultados, los “iguales y opuestos”.

La Religión las llama “la justicia de Dios”.

Si sembramos felicidad y servicio, la felicidad y el servicio retornarán a nosotros. Si sembramos miseria y egoísmo, la miseria y el egoísmo volverán a nosotros. No siempre ocurrirá esto en el curso de una sola existencia, sino a veces después de muchas.

Los Señores del Karma (o, como los llamaría la fe cristiana, los Ángeles Registradores) a menudo mantienen alejados del hombre ciertos resultados hasta que su naturaleza se fortalezca a fin de que, en lugar de ser aplastado por ellos, resulte en cambio purificado. O sea que la vida es un cirujano celestial.

La Naturaleza, que es Dios, nos gobierna con absoluta equidad. A menudo nos decimos: “¿Qué he hecho para merecer lo que me ocurre?”. Sin embargo, siempre trataremos de hacer lo mejor en toda situación.

El Maestro K. H. escribió una vez: “Nosotros hacemos siempre lo mejor, aun de lo peor”. Todo está resumido en lo que se llama la Regla de Oro: “Lo que quisierais que los hombres hicieran a vosotros, hacedles vosotros a ellos: porque ésta es la Ley y los profetas”. El Buda dijo algo similar: “El sufrimiento sigue las huellas de los pies de quien hace el mal, como las ruedas del carro siguen las huellas del buey”. Es Ley Universal y no se la puede evadir. San Pablo escribió: “No os engañéis. Dios no puede ser burlado; porque lo que el hombre sembrare lo mismo cosechará”.

De esa manera habremos aprendido y nos habremos desarrollado. El bien que se haya prodigado volverá a nosotros en alguna vida futura. Arroja tu pan a las aguas, porque lo encontrarás después de muchos días”. (Eclesiastés, 11,1). Cuando llegue el final de nuestra existencia, nos alegraremos recordando el bien y la felicidad que hayamos

derramado alrededor y nos lamentaremos de nuestros fracasos ocasionados por pereza, ignorancia o mala voluntad.

El Maestro K. H. escribió cierta vez a un aspirante que la felicidad más grande de la vida consistía en no haber causado jamás daño o dolor a ningún ser viviente.

Nos engrandecemos y nos asemejamos a dioses cuando obedecemos la Ley. En cambio podemos convertirnos en pequeños estorbos, o algo peor, cuando la evadimos de continuo. La causa de la mayor desobediencia es el egoísmo, el deseo de tener o disfrutar algo nosotros solamente. Por lo tanto el camino hacia la eterna dicha y paz consiste en la destrucción de ese sentido del “yo” y todas sus necesidades y deseos.

Cuando al fin se logra esto, nace en el alma del hombre la beatitud que sobrepasa todo entendimiento. “Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento permanece en Ti”. (Isaías, 26:3).

No debemos censurarnos porque seamos egoístas y ansiemos cosas para nosotros. Como ya se ha expresado, H. P. B. dice que esta condición es una protección necesaria para el alma joven e inmadura, como la cáscara que rodea al pollito en desarrollo. De este modo se afirma un centro de individualidad hasta que llegue el día en que pueda romperse la cáscara y el centro siga existiendo sin una periferia.

Para algunos, la existencia de una Ley inmutable que rige los mundos puede parecer un obstáculo. Pero en ella descansa nuestra eterna seguridad y crecimiento. Podemos decirlo de esta manera: Dios no cambia su propósito. ¿Dónde estaríamos nosotros si Ello hiciera así?. No hay sólo leyes físicas como las leyes de la salud, sino también leyes psicológicas. La felicidad es un estado emocional y tiene un efecto muy benéfico sobre la contraparte física. La desdicha destruye la salud, a menos que quien sufre sea lo suficientemente fuerte como para resistir y aprender de ella.

La mente tiene también sus leyes. Esto se ejemplifica en el bien conocido Proverbio cuyo texto dice: “Como un hombre piensa en su corazón, así es él”. El poeta Wordsworth expresa algo similar:

“The minds excursive power, so
build we the being that we are,”

Por el cambiante poder de la mente, así
construimos el ser que somos.
(Traducción libre).

La humanidad está comenzando a darse cuenta del tremendo efecto de la mente sobre la materia. Pensar en lo bello y verdadero es convertirse en algo similar. Si vivimos todo el tiempo entre daños y ofensas nos volveremos mezquinos, infelices y de mente intolerante y limitada. Todos cometemos errores; pero hablaré de eso en otro capítulo.

CAPÍTULO V

EL SECRETO DEL PECADO Y DEL SUFRIMIENTO

El hombre siempre se ha formulado preguntas acerca del mal y del pecado. Se ha preguntado cómo pueden existir el mal y el sufrimiento si Dios es Amor y Omnipotencia. Pienso que la respuesta se encuentra en la aseveración de que Dios, así como el espíritu inmortal del hombre, eterna parte de él, no es ni bueno ni malo sino que trasciende ambas cualidades. No hay representación extrema personal ya sea del bien como del mal. Existe sólo una eterna y omnipresente Vida que está desarrollando incontables manifestaciones de Sí Misma bajo el imperio de una inmutable Ley. Estas “chispas” de Vida Inmortal, estos nacientes Hijos de Dios, nuestros “yoes superiores” como ya he dicho, no han abandonado jamás el reino espiritual supremo, el “Jardín del Edén”, sino que han emitido de sí mismos un limitado representante constituido por alma y cuerpo para desenvolver vehículos de conciencia en los planos inferiores de la materia. Dice el Katha Upanishad: “El nacido por sí mismo traspasó los sentidos hacia afuera; por consiguiente el “jiva” (el espíritu inmortal en el hombre) mira hacia afuera, y no hacia adentro, al yo interior”. (K. U1, 11-1). El Bhagavad Gita expresa lo mismo: “Una porción de mi propio ser, transportado al mundo de la vida en un espíritu inmortal, atrae alrededor de sí los sentidos, de los cuales la mente es el sexto, velados en la materia”. (XV: 7).

Esta autoconciencia es producto del incesante juego de los “pares de opuestos”: el bien y el mal, la alegría y el dolor, el éxito y el fracaso, etc. H. P. B. lo dice con palabras muy bellas: “La Armonía es la ley de la Vida; la discordia es su sombra, de la cual surge el sufrimiento, el maestro, el que despierta la conciencia. Por medio de la alegría y del sufrimiento, del dolor y del placer, el alma alcanza el conocimiento de sí misma; luego comienza la tarea de aprender las leyes de la vida: que las discordias pueden resolverse y la armonía restablecerse. Los ojos de la sabiduría son como las profundidades del océano, no hay ni alegría ni dolor en ellas; por lo tanto el alma del ocultista debe ser más fuerte que la alegría y más grande que el dolor”.

El Maestro K. H. afirma que: “El mal no existe “per se”. La Naturaleza no manifiesta ni bondad ni malicia. Ella solamente sigue las leyes inmutables... El auténtico mal procede de la inteligencia humana...”

El origen de todo mal está en la acción humana, en el hombre, cuya inteligencia lo erige en el único agente libre en la Naturaleza”. (“**CARTAS DE LOS MAESTROS**”, X, 1a. ed., pág. 75, 76). H. P. B. afirma que la mente no iluminada por la naturaleza espiritual es el verdadero demonio del hombre.

¿Por qué el hombre tiene libre albedrío?. Para que pueda aprender, por el juego de los pares de opuestos y sus inevitables reacciones, cómo elegir el bien y rechazar el mal

volviéndose de hecho consciente de sí mismo, automotivado “Hijo de Dios”, trascendiendo la inicial potencialidad naciente.

¿Qué es entonces el pecado con su inevitable y concomitante sufrimiento?. “El hombre nace para la aflicción, como las chispas se levantan en el aire”. (Job, 5: 7).

Mucha gente se ha sentido preocupada por la existencia del pecado. La delicada santa Lady Juliana de Norwich “preguntaba a Dios sobre el pecado” y Dios le demostraba la inexistencia del mismo y que, por cada dolor experimentado en la Tierra, recibimos “más glorias” en los Cielos.

Respecto a este asunto, encontré la respuesta en **“EL DICCIONARIO BIBLICO”** del Dr. Hastings. Allí se lee: “En hebreo, tres palabras del mismo origen sin ninguna distinción de significado se refieren al pecado como una falta al propósito personal y corresponden al griego y sus tres palabras análogas en el Nuevo Testamento. La etimología no sugiere una persona contra la cual se ha cometido el pecado y no necesariamente implica una acción inmoral (o error) intencional. La forma traducida como “iniquidad” significa literalmente “perturbación” o “distorsión” e indica una cualidad de acción más que un acto en sí.

Volviendo al Nuevo Testamento, las dos palabras griegas traducidas como “pecado” presuponen la existencia de una Ley”.

Por lo tanto la mala acción es el resultado de la ignorancia, un paso en falso. El Cristianismo enseña que todos nacemos con el estigma del pecado debido al acto de Eva. Más compasivamente las escrituras hindúes declaran que el hombre nace con “avidya”, falta del verdadero conocimiento. No existe pecado sino falta de crecimiento o madurez. Por esa carencia de crecimiento el hombre puede cometer errores, acciones equivocadas, un paso fuera de la justa senda hacia el hogar, una trasgresión en lugar de una progresión.

La causa de esta equivocada acción es el deseo de beneficiar al pequeño “yo”, el centro de Ahamkara, el egoísmo, contra los intereses del Todo, ese unido espíritu que es nuestra única y verdadera Vida. Pero, como dijo H. P. B., el sentido de “yoidad” de “mí” “mío” y “nuestro” conlleva una protección necesaria para el alma inmadura hasta que se acerca la hora en que ese pequeño “yo” pueda ser destruido sin riesgos. De aquí que la raíz del “pecado” es el egoísmo.

¿Por qué la Naturaleza se comporta así?. Por la reacción que significa dolor, desastre y pena. Por lo tanto cada acción del hombre trae su propio resultado. Si ayuda al progreso de la unidad del espíritu de Vida aporta felicidad. Si va en contra de esa voluntad de desarrollo, causa pena y dolor. De ese modo el cirujano celestial corta el tumor maligno.

Quizás nadie sufrió más en la vida que el poeta J. Keats. En una carta a un amigo escribió: “¿No ves cómo es necesario un mundo de dolor y afanes para educar una inteligencia y hacer de ella un alma?”.

Los antiguos celtas afirmaban de un hombre sumido en sufrimientos: “Está formando su alma”. El alma del hombre crece como las flores por la acción del sol y de la lluvia. La luz del sol de la alegría y del éxito permite que el hombre se expanda y se desarrolle; la lluvia de las lágrimas ablanda el suelo y nutre la planta. Así actúa el dolor siempre que el hombre no se repliegue en su amargura. Todos quisiéramos crear un mundo sin pena ni preocupaciones. ¿Pero en qué clase de seres humanos nos convertiríamos? No en seres autoconscientes, automotivados, ni responsables, sino en meros robots.

Este es el inmutable rol de la gran Ley de Acción y Reacción, igual y opuesta, que en Oriente se llama Karma. Significa nuestra realización y emancipación final. San Pablo la llamaba la Ley del pecado y de la muerte, y agregaba que la Ley del Espíritu de Vida, que gobierna el conocimiento del hombre espiritual, lo había liberado de la Ley del pecado y de la muerte. Por lo tanto, cada pecado trae consigo su propia curación. “Tu propia maldad te corregirá y tus rebeldías te censurarán”. (Jeremías, 2:19) A menudo no paramos mientes en el origen de la palabra “misericordia” que significa “recompensa”. “Tuya, Oh Señor, es la misericordia, porque tú pagas a cada uno de acuerdo a sus obras”. (Salmo 62, vers. 12).

San Pablo es muy explícito acerca de la gran Ley. Ya he citado sus palabras: “No os engaíeis. Dios (la fuerza vital) no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también cosechará”. (Gálatas, 6:7) Que él supiera que las reacciones derivadas del pecado se pueden paliar se hace evidente en otras de sus expresiones: “Porque, cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por Ley obraban en nuestros miembros produciendo frutos para muerte... ¿Qué diremos pues?.

Dios... no. De ninguna manera conocí al pecado sino por la Ley... por lo tanto la Leyes santa... y justa y buena... sino que el pecado para mostrarse pecado produjo la muerte por medio de lo que es bueno”. (Romanos, 7: 7, 12 y 13).

Que, por medio de estas opuestas pasiones, el hombre alcanza madurez espiritual resulta muy claro de las famosas palabras de San Pablo con respecto a Cristo. “Y, aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y, siendo hecho perfecto, se convirtió en el autor de la eterna salvación para todos los que le obedecen”. (Hebreos, 5:8).

Para usar otro símil, el hombre que peca da un paso fuera del sendero que conduce a la Luz y la Vida le hace retroceder diciéndole: “Hijo mío, desanda tus pasos”. Porque, como dijo una vez el Maestro K. H., “el único arrepentimiento digno de tornarse en cuenta es la resolución de no repetir el error”. “El sendero del justo es como brillante luz, que resplandece más y más hasta el perfecto día”. (Proverbios, 4: 18).

La certeza de que el dolor es el gran Instructor ha surgido en la mente de muchos hombres. Ovidio escribió: “Resiste y persevera; pronto este dolor se convertirá en tu bien”. Y el poeta Tennyson canta:

“La vida no es un mineral inútil,
sino como hierro extraído de una oscuridad central,
calentado al rojo con ardientes temores
y sumergido en silbantes lágrimas
para darle forma y usarlo”.
(Traducción libre).

Así San Pablo, - citándolo una vez más - exhortaba a su gente: “Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies para que lo que sea cojo no se salga del camino sino más bien sea curado”. (Hebreos, 12: 12).

El hombre que comprende no puede criticar o condenar a ningún pecador porque sabe que “el pecado y la vergüenza del mundo son tu propia vergüenza y pecado; porque tú eres parte de él y tú Karma está inextricablemente entretejido con el Gran Karma”. El conoce que el pecado es sólo falta de crecimiento.

Consideremos por el momento algunas formas de dolor y su posible mensaje para nuestras al más.

Ambición frustrada - Debiéramos ambicionar algo que beneficiara no sólo a nosotros, sino a los demás. Por lo tanto sería necesario alcanzar el poder de “humillarnos y hacernos nuevos con herramientas gastadas”.

La falta de oportunidad - Nos da la posibilidad de desarrollar la paciencia, la intuición y la voluntad para aprovechar y actuar en cuanto llega el momento oportuno. Robert Browning escribió:

“No habrá nunca un bien perdido,
lo que fue será como antes”.
(Traducción libre).

Malentendidos - Quizás aquellos a quienes no comprendimos nos han abandonado atravesando el portal de la muerte. Podemos tener contacto con ellos cuando dejamos nuestro cuerpo físico en las horas del sueño. De ningún modo ellos se encuentran lejos de nuestros pensamientos amorosos.

Limitaciones físicas - Cierta vez conocí a una mujer cuya existencia giraba alrededor de la caza. Un día, una mala caída de caballo le causó una semiparálisis que la condenó a un sillón por el resto de su vida.

Ella me confesó: “¿Sabe usted?. Yo era tan sólo un hermoso cuerpo. Yaciendo aquí, he aprendido a ser un alma”.

El amor negado o perdido - El dolor más hondo es la pérdida de la más querida y reconfortante presencia. Recuerdo que la Dra. Besant me dijo en cierta ocasión:

“Cuando puedas sentirte igualmente feliz aunque aquel a quien más quieras no esté contigo, habrás aprendido a amar”.

Ver sufrir a otros - Esta situación resulta muy dura de soportar, pero podemos mitigarla con nuestra cariñosa presencia. “Nadie puede en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios el rescate por él”. (Salmos. 49:7).

Fracaso y vergüenza - Son muy difíciles de sobrellevar, pero su objeto es destruir nuestro egoísmo y orgullo.

Tomemos la Vida de la mano y no tengamos temor, porque ella significa nuestra redención y bienaventuranza finales. Debo citar nuevamente las bellas palabras de San Pablo: “Porque estoy persuadido de que ni la vida ni la muerte, ni los ángeles ni los principados ni los poderes, ni las cosas presentes ni las por venir, ni las alturas ni las profundidades, ni ninguna otra criatura podrán separarnos del Amor de Dios”.

El Maestro K. H. dice que soportar la mala fortuna con actitud serena se convierte en ventaja espiritual. Y afirma Judge:

“Entrégate a la vida y que la fe, que es el conocimiento no aprendido del alma, os acompañe durante toda la existencia como el ave que se desliza en el aire sin vacilación alguna”.

Robert Browning lo expresó en incomparables versos:

“A aquel que nunca dio las espaldas
sino que marchó hacia adelante,

nunca lo doblarán nubes de duda,
nunca juzgará aunque lo justo sea vencido
y triunfe el mal.
Destruídos, caemos para levantarnos;
frustrados, para luchar mejor;
dormidos, para despertar.”

Capítulo VI

“JAMÁS TE LAMENTES DE NADA; NUNCA ESTÉS TRISTE”

Una vez el maestro M. escribió al señor Judge: “No te lamentes de nada; nunca estés triste, pero corta toda duda con la espada del conocimiento”. Y H. P. B. decía que el remordimiento nace de la personalidad. Los problemas de la vida, aun cuando vagamente entendidos, deben mirarse desde un punto de vista más amplio. Se encuentran enraizados en la noche de los tiempos y no pueden juzgarse contemplando tan sólo la época actual. El hombre no es un ser recién creado, con dones arbitrarios. Es una criatura en proceso de evolución, una unidad de conciencia en constante progreso y en constante desarrollo. Inciertos son los vislumbres de la gloria de la cual vino y aún no se asemeja a lo que llegará a ser.

El hombre no se halla separado del universo que lo circunda. Ambos están íntimamente relacionados. El problema del individuo es el problema del mundo y, resolviendo su propio misterio, el hombre resuelve el misterio del universo que es el campo de su crecimiento y evolución.

Nosotros, las divinas potencialidades, llegamos desde las profundidades de la Vida Eterna del Padre a través de largas edades y “caímos” en estos planos inferiores de experiencia para realizar nuestro estado potencial por medio de un lento desarrollo y crecimiento y para aprender a expresarnos en ellos plenamente. Por eso abandonamos el “Jardín del Edén” y comemos el pan amargo de la experiencia de la vida terrenal.

Todos llevamos a Adán y Eva dentro de nosotros. Adán, “la tierra”, es el “yo” visible del cuerpo; Eva, el alma intuitiva.

Las Jerarquías Creadoras, simbolizadas por la serpiente, forzaron a las divinas unidades de conciencia a entrar en “el ciclo de necesidad” a fin de comenzar su tremenda evolución. Estas unidades de conciencia debían alcanzar autoconciencia y, para lograrlo, tuvieron que caer bajo el juego de lo que en Oriente se llama “los pares de opuestos”, una condición necesaria para la evolución de la autoconciencia. Porque, sin experimentar la noche, no conoceríamos el día; sin la experiencia del mal, no sabríamos dónde se encuentra el verdadero bien. Las antiguas escrituras indias, más metafísicas que las occidentales, simbolizaron esta verdad con la historia de las aguas del espacio agitadas por los Devas, las Fuerzas de la Luz y los Poderes de las Tinieblas. Ellos empujan en direcciones opuestas; sin embargo, a medida que gira la rueda del espacio y del tiempo, la dirección es la misma.

La existencia nos presenta una continua ronda de elecciones. A menudo elegimos erróneamente, pero ello se debe a que no hemos acopiado aún suficiente experiencia. Aprendemos a obedecer a la Ley por las reacciones de la Vida que llamamos dolor y penas, porque la gran Leyes la Vida Divina en acción.

Cuando el hombre elige aquello que ayuda a la voluntad de la evolución, con la iluminada elección llega la alegría. El resultado es un fortalecimiento del lazo entre el hombre y Dios. Pero, cuando el hombre elige sólo para sí, sin consideración del progreso y el bien de todos, la miseria y la oscuridad siguen sus pasos. Al comienzo del gran sendero evolutivo cometimos por ignorancia muchas acciones antisociales; pusimos muchas piedras en el camino de nuestro hermano. Todo daño producido por odio o descuido en el pasado vuelve en el presente como limitación y penalidades.

Ahora bien, la gran verdad que debemos comprender es que, de este modo, logramos la curación de la ceguera original. Penas e incomodidades son siempre evidencia de las fuerzas restauradoras de la Naturaleza en acción, física o síquicamente. H. P. B. nos transmite instructivas palabras acerca de este tema. Ella expresa: “La tristeza no es un mal. Lo que parecen ser sufrimientos y obstáculos son a menudo, en realidad los misteriosos esfuerzos de la Naturaleza para ayudarnos en la tarea si nosotros sabemos manejarlos de manera adecuada”. Los dolores son los educadores del hombre; no son retribución sino enseñanza.

Por lo tanto no digamos: Lo que ocurrió en el pasado me sucede en el presente.

Más bien digamos: Lo que sea en el futuro se encuentra en mí en el presente.

Evidentemente ése era el punto de vista de Cristo; porque, cuando Sus discípulos le preguntaron con respecto al hombre que había nacido ciego si él o sus padres habían pecado en el pasado produciendo esa consecuencia, El replicó que no se trataba de una retribución sino de que “las obras de Dios podían manifestarse en él”.

Debemos observar el dolor de un modo correcto para perder el temor hacia él.

Si lográramos tal cosa absolutamente, maduraríamos con gran rapidez. Esto nos conduce al desapego superior, llamado en Oriente “vairagya”, anhelado por el hombre que trata de alcanzar la meta del Sendero a la cual se da el nombre de Liberación en Oriente y de Salvación en Occidente. Pero ¿de qué nos salvamos o liberamos sino de la ignorancia de nuestros pequeños “yoes” con todo el dolor que los acompaña?.

“Cuando se rompen todos los lazos del corazón, entonces este mortal se viste de inmortalidad”, dice el “Katha-Upanishad”. El alma del hombre es como un río que fluye hacia el gran mar, la Vida Divina, la cual representa al mismo tiempo la fuente y el propósito de su existencia. ¿Hubo alguna vez un río que no llegara algún día al mar?. Y, sin embargo, nunca el río va directamente hacia él. Toma su propia senda, que le es peculiar, y sus vueltas y vagabundeos constituyen la infinita variedad de experiencias vitales. Ahora bien, aunque no va en línea recta, siempre sigue adelante. A veces atraviesa un frío y verde bosque. No desea permanecer en él así como nosotros, demasiado a menudo, deseamos conservar nuestras alegrías y no queremos abandonarlas. El poeta y artista Blake escribió una vez: “El que besa una alegría cuando se va, vive en el alba de la Eternidad”.

En ocasiones el río llega a un desierto arenoso; no rehúsa atravesarlo. Los dolores de los hombres no son un barco que se hunde sino una nave que parte. Las alegrías son nuestras alas; los dolores, nuestros incentivos. Parece que a los buenos sobreviene a veces más dolor de lo que les corresponde y que los malos prosperan como el verde árbol de la bahía. Eso ocurre porque los Ángeles Registradores mantienen alejada de éstos una lección que les resultaría demasiado dura. “Dios no querrá que seáis probados más de lo que podáis”. (Cor. 10,13). Si el resultado de una acción se produjera en seguida, podríamos ser destruidos. Así pues, a menudo aparece mucho tiempo después, cuando el hombre ha

crecido; como el oro tratado en un horno es refinado, no destruido. Esto se observa especialmente en el hombre que se encuentra cerca del Adeptado por cuanto en ese Sendero debe pagar toda deuda pendiente incurrida en el pasado a fin de estar libre para mayores servicios.

Se dice que cierta Maharani preguntó al Señor Buda cómo podría verse rodeada de cariñosos y generosos amigos en una vida futura. El Bendito respondió: “En esta vida, Oh Reina, debes aprender a dar con ambas manos”. Lo mismo dicen las palabras de Cristo: “Dad, y os será dado; medida buena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís os volverán a medir”. (Lucas 6:38).

En cierta ocasión un hombre dijo al Señor Buda que no podía llevar una vida espiritual porque se hallaba enfermo. El Señor replicó: “Pero tu alma no está enferma”.

Nunca se debe buscar la revancha. Eso queda en manos de la Vida. “La venganza es mía”. Dicha retribución es perfectamente imparcial. Nosotros somos incapaces de impartirla de ese modo. A veces la hipocresía, que impulsa al hombre a revestirse de palabras y hechos falsos, retorna al hombre como un reproche inmerecido o malentendimiento de parte de los demás. Y cuando, llevado por una ciega necesidad o crueldad, desfigura el cuerpo de un hermano, tal acción se resuelve en el futuro como una deformidad o terrible enfermedad para el causante. Por el desarrollo de su naturaleza interior puede ser que haya trascendido desde tiempo atrás la antigua ceguera del corazón. Sin embargo, su antiguo error se pone en evidencia demostrándole la tremenda verdad de que toda vida es divina, dada por Dios, y que el cuerpo del hombre es el templo sagrado del Espíritu Superior.

En cuanto al tipo más refinado de crueldad, la deliberada tortura de otra mente y corazón, retornará a quien la ha perpetrado recibiendo una mente imperfecta, un corazón desamparado. Por ningún medio escapará de la prisión que él mismo se ha construido hasta que haya pagado el último centavo.

Volviendo a las oportunidades negadas, ¿qué son sino el otro lado de las oportunidades desaprovechadas en otros tiempos?

De ese modo, la frustración nos enseñará finalmente cómo transmutar la pereza en esfuerzo y voluntad. Es la dádiva del dolor que sólo puede aclarar la verdadera visión del alma.

Contemplemos la vida y descubriremos que esto es verdad. ¿No hemos comprendido muchos hechos inexplicables por medio del dolor?. ¿No son a menudo los mejores, los más valientes, los más sabios, aquellos que más han sufrido?. La Dra. Besant me dijo una vez: “Cuando miro atrás en mi vida pasada, quisiera ceder de buena voluntad todas mis alegrías, pero no mis dolores, porque de ellos he aprendido más”.

Pero, cuando se cierne el manto oscuro de la más grande ignominia, la Vida Eterna se nos muestra más maravillosa, lo Único totalmente amable. Porque, entonces, la Vida nos enseña cómo la belleza y la rectitud no existen sólo para nosotros ni son tampoco de nuestra propiedad a fin de que podamos alcanzar la felicidad de ser puros, dulces y rectos, sino que moran en ella y brillan a través de nosotros para iluminar los oscuros caminos de la tierra. Así, el orgullo destruye para que aprendamos la verdadera pureza del corazón que nunca decae y la delicadeza de la mente que unifica en su visión al santo y al pecador. De tal modo, la maravillosa Vida nos otorga siempre la posibilidad de levantarnos nuevamente

sobre los escalones de los “yoes” muertos desde hace tiempo hacia ideales más elevados y más bellos.

Un buen día todas las penas y dolores habrán desaparecido. Su función ya no tendrá objeto de existir para nosotros. El mal no es sino la ausencia del bien aún no manifestado. El dolor no es sino el camino por el cual nace la gloria. A todos los hombres corresponden la bienaventuranza, lo maravilloso y el Amor. La flor que es cada alma humana crece en el jardín de la Vida y el más sombrío dolor, los más terribles males y sufrimientos, no pueden, en el largo curso, obstaculizar la floración final. Sintámonos contentos de sufrir para obtener el galardón de sabiduría y compasión que coronan las penas heroicamente sobrellevadas.

Porque, si conociéramos la verdadera condición interior de la vida, comprobaríamos lo que realmente es: fuerza para soportar la carga de otros, comprensión para ser compasivos y para enfrentar el sufrimiento.

La pena y el dolor son los embajadores de la Vida, Sus mensajeros. El dolor, dicen los eruditos carentes de sabiduría, es el castigo por el pecado, el inequívoco vengador que sigue los pasos de la acción equivocada. Sin embargo, ¿cuándo los eruditos supieron realmente algo?. El artista sabe más que el filósofo. Pero quien aún sabe más es el que ama y, en el corazón más humilde y pleno de amor, se encuentra también la semilla de la más perfecta sabiduría.

De tal manera que, si en el dolor se conserva el amor, después de un tiempo nacerá la verdadera sabiduría. Quien sufre y sin embargo sigue amando, sabrá cómo el dolor es el gran regenerador. Cuando los ojos del alma están empañados con los objetos de los planos exteriores, los pasos vacilan y, al no distinguir el corazón de las cosas, ven sólo el pecado y llaman retribución a la oscuridad que le sigue. Pero aquel en cuyo corazón entra el amor tendrá una percepción más profunda. La Vida, en su plena belleza, le mostrará cómo el dolor limpia los ojos, cómo Sus Manos quitan el velo delante del Hijo de Dios. Esa Vida tocará las manos que antes temblaban hacia el infinito. Blandas alas envuelven al querido hijo que hasta ahora era ciego. En el corazón herido morarán la paz y la curación.

Desde las profundidades surgirá una Voz, una Voz que reúne en sí misma la gloria del alba de la creación y que, sin embargo, no tiene sonido. Todos los hombres la escuchan, pero no con sus oídos o su mente. Es la belleza cuando habla con el sonido de muchas aguas, de muchos mundos separados.

“Hijo mío” - dice la Voz - “toda vida es un canto, aún cuando esté profundamente sumergida en el dolor. Por el sufrimiento se labra e! sendero hacia la unión”.

Entonces, quizás, suceda que el pequeño corazón humano se entregue al dolor que, de ahí en adelante, no le pertenecerá más sino que se ha convertido en amor libertado para auxilio de todos los hombres.

CAPÍTULO VII

DEBEMOS SEGUIR ADELANTE DESDE AQUÍ

No hace mucho encontré un exquisito poema breve, “Canción del crepúsculo”, que tenía solamente tres estrofas. Citaré la primera:

“Tenemos que seguir desde aquí
- el tiempo no vuelve -
Y llevar con nosotros lo que hemos aprendido.
Puesto que no hay olvido,
el puente tras nosotros ha sido bajado”.

Lo que se dice en la primera línea es exacto en todo momento de la vida. Debemos seguir adelante desde donde estamos.

Puede ser que hayamos perdido el tiempo a lo largo del camino y hayamos dado muchas vueltas equivocadas. No podemos hacer otra cosa que empezar de nuevo justamente desde el punto en que nos hallamos.

Conozco personas que han postergado una gran empresa, tal -por ejemplo- como el tratar de hollar el Sendero, diciendo que esperarían hasta ser mayores, más preparados, más sabios. Sin embargo, tan pronto como llega a nuestras almas la información de que hay un camino hacia el Hogar, ése es el momento de comenzar a andar. Decimos que no somos bastante buenos, bastante puros, bastante inteligentes; pero no podemos iniciar la gran jornada sino justamente así como estamos, “sin una excusa” como dice un antiguo himno.

Hay una preciosa “stanza” de la antigua India: “Puro o impuro, fuera lo que yo fuere, meditando en lo puro me volveré puro”. Hemos de comenzar tal como somos; debemos seguir adelante desde donde nos encontramos.

Algunos pensarán que son demasiado viejos; la vida casi se les ha ido. ¡Qué idea errónea! En la vida del Espíritu no hay edad, ni espacio, ni tiempo, así como los entendemos nosotros. Existe una gran verdad en la vieja historia del ladrón en la cruz que, en el momento de su muerte, entra en el paraíso con su Señor. El último pensamiento dio dirección a su alma en el instante de dejar el cuerpo. Lo mismo se aplica a los pensamientos con los cuales nos dormimos.

El último año de vida, aún en los últimos meses, pueden dar una dirección, comenzar una senda que continúa más allá de los límites de la muerte y proseguirá en la encarnación siguiente. El pensamiento de las personas ancianas debería ser dirigido hacia el Cielo. A menudo miran hacia atrás, hacia el veloz paso de la vida. Los recuerdos son muy potentes en los ancianos. Eso es correcto si se trata de recuerdos de amor, piedad, alegría, amistad, belleza. Pero hay que mirar adelante también. Las glorias de los cielos están por llegar. Además, antes de la muerte, el Alma desciende a observar la vida y la comprende... Hemos de llevar con nosotros un dorado hilo de Ariadna al atravesar el portal de la muerte:

el hilo de una dorada esperanza, de una firme resolución, aun cuando sólo sea el comienzo. Y así, con todos los problemas de la vida.

Aunque nos creamos equipados inadecuadamente, el Tiempo no esperará a que encontremos sabiduría, auxilio, decisión.

Cualquiera sea nuestro desarrollo, dondequiera que estemos, debemos seguir adelante desde allí. Luego proseguiremos valientemente aceptando los resultados que paliarán nuestra falta de sabiduría y capacidad, conservando siempre una gran fe y confianza: una gran confianza en la Vida que es Dios en acción y una gran fe en el Amor que, en última instancia y por siempre, resulta vencedor. El dorado hilo, nuestro propio “sutratma”, una y otra vez nos conducirá de vuelta a nuestro “Yo” divino más feliz y, un día, ese hilo dorado nos transportará fuera de la oscuridad de esta caverna de los mundos inferiores hacia un brillante “por siempre jamás”.

CAPÍTULO VIII

LA MUERTE ES NUESTRA AMIGA

Justamente esas palabras dijo el Maestro K. H.: “Todos algún día debemos dejar de existir físicamente”. A veces un hombre desea concluir su trabajo antes de que la muerte lo llame. Si no puede hacerlo, lo terminará en la vida siguiente. Nosotros no somos, en realidad, nuestro cuerpo. El nos pone en contacto con este maravilloso mundo de experiencia. ¿Habéis notado cómo algunas personas nacen sabias, gentiles y afables? Es el fruto de muchos días transcurridos en la escuela de la vida y el resultado de mucho dolor. El alma del hombre accede a dicha escuela, siendo su cuerpo el uniforme necesario. No hagáis demasiado por él. Eso sí: cuidadlo apropiadamente y entonces os servirá bien.

El Maestro usa el símil de “el caballo sobre el cual cabalgas”. Porque él posee una especie de diminuta conciencia elemental propia, separada de la nuestra, que lo lleva a saltar fuera del camino del coche que se le echa encima o a taparse con las frazadas, cuando siente frío.

Abandonamos el cuerpo cuando dormimos y, al morir, caemos dormidos por última vez sin regresar. Entonces pasamos a los mundos del alma y el espíritu. La vida después de la muerte es, para todos nosotros, una especie de ensueño donde vivimos agradablemente encontrando todo cuanto hemos ansiado y realizando cuanto siempre hemos deseado hacer. Es el tiempo de descanso de nuestras almas después de los embates de la vida. Volveremos renovados por ese “período de sueño” para enfrentarnos nuevamente con la existencia terrena, con mayor poder y experiencia. El mundo “post-mortem” convierte en realidad lo que siempre hemos deseado y esperado: es un mundo mucho más feliz que éste el cual representa, como ya 'he dicho, la escuela del alma.

No tengáis miedo a la muerte. Saldremos a la luz del sol para encontrar nuestros mejores sueños, realizándolos. Id al encuentro de la muerte con una sonrisa. Es, en verdad, nuestra amiga. Tened confianza en esta Vida (sobre la Tierra) y también en la Vida del más allá. Llegamos de ese otro lado y regresamos a él después de la muerte. Ved cuál es la pasión que prevalece en vosotros. Haced de ella una buena aspiración y un sueño hermoso. Entonces os acompañará a través del portal de la muerte.

No “recordamos” nuestras vidas pasadas porque el cerebro de esta casa corporal no ha existido antes. Por lo tanto, ¿cómo ha de recordar aquello de lo cual no ha participado? El yogui puede permitir la entrada en su cerebro del reflejo de sus personalidades pasadas porque su conciencia ha trascendido el “yo” físico. En cambio nosotros no recordamos fácilmente lo que nos sucede fuera del cuerpo físico cuando dormimos, a menos que seamos síquicos, si bien nos llegan como vívidos sueños en forma más o menos simbólica.

Lloramos la pérdida de aquellos que amamos y que se han ido antes que nosotros; pero, en realidad, jamás hemos de perder aquello que nos pertenece pues siempre vuelve.

Dejadlo ir. No os apeguéis a nada, porque el vicio de la posesividad mata la dicha y el amor. El poeta William Blake escribió:

“Quien se ata a una alegría
la alada vida destruye;
quien besa una alegría cuando se va
vive en el alba de la Eternidad”.

Recuerdo un bello incidente ocurrido cuando se hundió el gran barco de línea Titanic al chocar contra un “iceberg”. Un millonario y su esposa se encontraban a bordo.

Cuando fueron lanzados los botes llamándose primero a las mujeres y los niños, el marido quería que su esposa subiera a uno de ellos; pero ella se negó. “No” - dijo - “he vivido contigo durante más de cuarenta años y no te dejaré ahora”. Y acudió a la muerte con él. Epicteto conformaba delicadamente a sus amigos cuando la muerte se llevaba a alguno de sus seres queridos.

A un hombre, apenado por la pérdida de su amada hija, le aconsejó: “¡Ah, amigo mío, decíos: La he devuelto a los bienamados dioses!”.

Claro que alguien preguntará: “¿No hay Cielos ni Infierno?”. Ambos son estados transitorios. La propia derivación de estas palabras nos muestra el verdadero significado: la palabra “hell” quiere decir: “agujero, limitación, prisión”. Los sastres medievales llamaban “helan” o “hell” al hueco en la pared cerca de donde trabajaban, con las piernas cruzadas, en el cual tiraban los retazos. (La autora se refiere al idioma inglés). En el Viejo Testamento, la palabra hebrea se traduce treinta y una veces con el significado de “infierno” y treinta y cuatro con el de “tumba” o “fosa”. En el Nuevo Testamento se usa a menudo el vocablo griego con la mera acepción de “lo invisible”, el Hades. Otra palabra traducida en el Nuevo Testamento como “infierno” es “Gehenna”, nombre de un valle situado justamente en las afueras de los muros de Jerusalem, donde se arrojaba toda la basura la cual era consumida por fuego de azufre. “Hell”, “infierno” en inglés, significa lo que se separa o se aísla. Y “heaven” (“cielos” en inglés) significa precisamente lo opuesto, la ilimitada expansión, un estado de bienaventuranza construido con los ideales y aspiraciones del subconsciente.

Los griegos lo llamaron “Los Campos Elíseos”. C. W. Leadbeater lo describe como “un mar de viviente luz y color donde la mera existencia es bienaventuranza”. Y Wordsworth en su poema “Leodamia” lo describe en términos similares.

“Habló de amor, amor tal como lo sienten las almas
en mundos cuyo curso es uniforme y puro;
ningún temor al abandono, ninguna contienda por aclarar,
no se suspira por el pasado ni el seguro porvenir;
habló como el testigo de un segundo nacimiento
para cuanto es lo más perfecto sobre la tierra.
De todo lo más bello imaginado allí,
envuelto en una belleza más dichosa, en corrientes más translúcidas;
un éter más espacioso, un aire más sublime
y de campos vestidos de rayos purpurinos.

De climas donde el sol difunde el día más luminoso
que la tierra conoce, todo ello.....”

CAPÍTULO IX

EL AMOR HUMANO Y DIVINO

En inglés tenemos solamente una palabra para expresar todas las formas del amor.

El francés tiene más y el griego antiguo tenía cuatro:

- a) “Eros”, el amor sexual, raíz de la cual proviene la palabra “erótico”.
- b) “Storgé”, el amor entre parientes o el amor compasivo.
- c) “Philos”, el afecto intelectual, como el del filósofo o del filántropo.
- d) “Agápe”, el amor espiritual, la benevolencia, la adoración, el éxtasis.

El Tibet contaba con siete expresiones:

La primera se refería a la mera atracción como la limadura de hierro que vuela hacia el imán; la siguiente, sobre la aserción de “te amaré si me amas”. Ahora bien, la última se aproxima al amor ofrendado por los dioses: amar deseando tan sólo el mayor bien de aquel a quien se quiere, de acuerdo a su comprensión.

Años atrás, se publicó un artículo en “The reader's Digest” titulado “La ciencia descubre el verdadero amor”. “Los psiquiatras” - decía el artículo - “han llegado a la conclusión de que la mayoría de las enfermedades mentales son causadas por la falta de amor. Los sociólogos han descubierto que el amor es la respuesta a la delincuencia; los criminólogos lo han encontrado como respuesta al crimen. Los médicos también han inferido que la promiscuidad sexual ocurre generalmente en aquellos que fueron privados de amor. En Chicago, los médicos comprobaron un gran porcentaje de desarrollo deficiente en los orfanatos.

El “amor de madre” proporciona las plumas con que revestir al nido. Un niño sufre hasta en su desarrollo físico cuando se ve privado de él”. La señora María Montessori opinaba que no era correcto separar a los recién nacidos de sus madres. De otro modo sufren lo que ella llama “el shock del nacimiento”. Una madre común no deja sus pequeños demasiado tiempo. El recién nacido debe permanecer dentro del “aura” de su madre casi todo el tiempo.

Después de todo: ¿qué es el amor?.

No, lo que con tanta frecuencia se muestra en películas y novelas. El Dr. Abraham Stone de Nueva York afirma: “El amor es la más grande de las medicinas; pero la mayoría de la gente, y aun muchos de los que se consideran felizmente casados, no conocen lo que es el amor”.

Comencemos con dilucidar lo que el amor no es.

1.- El amor no es posesividad. No es la voluntad de transformar a otra persona en nuestra imagen. El Dr. Barry Overstreet dice: “El amor a alguien no implica su posesión. Significa otorgarle con alegría el pleno derecho de su singular personalidad”. Recuerdo que, en Estados Unidos, una mujer se acercó a mí confiándome que había tenido una gran amiga a la cual abandonara porque no se avenía a sus propios ideales. “Pero, querida

señora, - repliqué - ¡qué arrogancia de su parte!. ¿Por qué habría de avenirse a sus ideales?. Basta que viva de acuerdo a los propios”.

2.- No es dependencia. Existe un verdadero y un falso “culto al héroe”.

3.- No es autosacrificio. Aunque el amor pueda requerirlo, Freud dedujo que el excesivo autosacrificio se basa en el resentimiento, y aun en el odio.

4.- La admiración no es amor. Un doctor ha escrito: “Un hombre puede creer que ama a su esposa porque es bella, talentosa, competente. Esto no es amor. Es autoaprobación. La popularidad no despierta necesariamente amor. Una persona se torna popular si llena una necesidad general”. Aun cuando el poeta escribió:

“We live by admiration, hope and love,
and even as these are well and wisely
placed”.

(“Vivimos por la admiración, la esperanza y el amor,
y también de acuerdo a cómo éstos se encuentran
adecuada y sabiamente proporcionados”).

En tal caso, sólo se buscaría el beneficio del propio yo.

5.- No es sexualidad. H. P. B. consideraba al amor sexual como un “egoísmo de dos”.

Pero el amor puede glorificar y exaltar la sexualidad. A menudo el matrimonio basado en mera atracción sexual resulta una unión entre desconocidos. ¿Qué debe hacerse entonces?. Hay que aprender a ser amigo, del desconocido. Si a medida que pasan los años, una pareja de cónyuges no se convierte en un par de verdaderos amigos, su matrimonio va hacia el desastre.

El Señor Krishnamurti dice con razón: “Donde hay amor, el sexo no es problema.

La falta de amor lo transforma en problema. Cuando se ama a alguien se comparte verdadera y profundamente con él o ella todo lo que se tiene... Amar es ser casto...

Sólo para pocos, los muy pocos que realmente aman, la relación matrimonial tiene significado y es inquebrantable. El amor no es sensación o pensamiento. Cuando el amor nace y se manifiesta, sabrás lo que es amar. Y, cuando sabes cómo amar a uno, sabrás cómo amar al Todo... Sólo cuando hay amor todos nuestros problemas pueden resolverse y, entonces, conocemos su bienaventuranza y felicidad”.

El Dr. Carl Jung asevera lo mismo: “Si se actúa por amor y con espíritu de amor, entonces se sirve a Dios”.

6.- El amor maternal no es necesariamente amor, especialmente si entra en él el elemento de posesividad. Sin embargo, el verdadero amor de madre resulta un poder maravilloso. Ciertos sicólogos de niños, discutiendo acerca de si programar la alimentación o dar de comer cuando los niños lo piden y acerca de propinar castigos corporales o no, no encontraron mucha diferencia en tanto que se ame al niño. El Dr. William Menninger dice: “Lo mejor que los padres pueden hacer es enseñar a los niños cómo amar”. Pero la única manera de lograrlo es con el ejemplo. Los niños deben recibir amor para luego darlo. No amamos a nuestros hijos simplemente porque los protejamos y les proveamos de lo necesario.

El animal lo hace con sus crías. Un test pregunta: “¿Hasta qué punto consideramos a nuestros hijos como personas?. ¿Cuánto hacemos con respecto a su individualidad en lugar de asfixiarlos y poseerlos?”. Todos los niños requieren no sólo amor sino también interés en la vida. En cuanto a esto los más pobres se encuentran en ventaja. Pueden colaborar con la madre en las diarias tareas.

A un niño rico a menudo se le asfixia con juguetes. Recuerdo al pequeño de una familia adinerada con la cual conviví. Cierta tarde se me acercó llorando lastimosamente: “¡Oh, tía Clara, dime qué puedo hacer!”. Observé al lacayo que se hallaba limpiando las ventanas. “Vete a ayudar a Juan a asear las ventanas”, le dije. Así lo hizo y pasó una tarde feliz y magnífica.

Santha Rama Rau afirma que las madres orientales son a veces mejores que las occidentales porque permiten, más a menudo, que los niños se incorporen a las tareas cotidianas.

7.- No depende de las cualidades del ser querido. En ocasiones el hombre perverso es amado profundamente, con gran fortuna para él”.

8.- Los celos no constituyen una prueba de amor. Son, más bien, prueba de egolatría.

El excesivo dolor es también, con frecuencia, una evidencia del amor a sí mismo. En otros libros he citado a Starr Daily; pero, aun a riesgo de parecer reiterativa, debo reproducir una vez más lo que él afirma acerca del verdadero amor: “Hay una emoción egoísta que hiere. A menudo ha sido llamada amor. Pero no es sino la sombra del “hacedor-de-milagros”. Tal como ni la ciencia, ni el arte, ni los inventos desean reformar a nadie, tampoco desea hacerlo el amor. Por no querer transformar, transforma. Un amigo es el que ama. No sermonea, no encuentra culpa, ni condena. El libera y une las cosas que libera. No puedes tener lo que no quieres dar. No puedes liberarte de aquello a lo que te apegas. Atarse es pertenecer a lo que se está ligado; es un lazo. Lo que libera te pertenece. Tú no le perteneces, porque perteneces al amor. Todo cuanto se encuentra por debajo del amor encierra y destruye. Hace presión, impone y hiere. El amor es la Realidad, el Liberador, el hacedor-de-milagros. Haciendo felices a los demás se les da de antemano un anticipo del cielo sobre la tierra”.

¿Qué es el verdadero amor?. Cristo dijo a sus discípulos: “Un nuevo mandamiento os doy: Que os améis los unos a los otros como Yo os he amado”. Dio muestras de ese amor cuando perdonó la culpa de San Pedro quien, por innoble temor, Le había negado tres veces. Tres veces el Señor le preguntó: “Pedro, hijo de Jonás, ¿tú me amas?” y la tercera vez, en la agonía del remordimiento, Pedro gritó: “Señor, Tú sabes que Te amo”. Y su Señor replicó: “Pace mis ovejas. Pace mis corderos”.

El Dr. Overstreet dice: “Si lo que llamamos amor a una o más personas no crea en nosotros una mayor capacidad para sentir buena disposición hacia los demás, entonces podemos dudar de que, en realidad, hayamos experimentado el amor”.

El amor verdadero es una fuerza curadora. He conocido a dos médicos, uno en Australia y otro en América, que realizaban milagros curando a los enfermos. Uno de ellos solía acostarse al lado de sus apenados pacientes durante horas irradiando, firmemente, amor y afecto. Era notable el porcentaje de curaciones. El gran homeópata Hahnemann curó, en cierta ocasión, a un famoso general que había perdido la razón, empleando los mismos medios. Esto me recuerda las palabras de un drogadicto a un periodista: “¿Sabe

Ud.?. Los únicos adictos que tal vez puedan curarse son los que logran un poco de amor en su vida.

Alguien que los quiera, alguien que acaricie su frente. ¡Hombre, no importa lo que dicen los médicos: hay sólo una cosa en todo lo ancho del mundo que es más fuerte que la vehemente atracción de las drogas, y es el anhelo o ansia de amor!”.

9.- El sentimentalismo no es amor. Siento horror al sentimentalismo, porque he descubierto que es fundamentalmente egoísta.

El perfecto amor no exige, no impone obligaciones, nunca trata de mejorar o criticar, espera siempre lo mejor, es fiel e inalterable suceda lo que sucediere (dice Shakespeare: “El amor no es amor si se altera cuando encuentra cambios”). Y, por lo tanto, es una fuerza salvadora y redentora. Sir Francis Bacon escribió: “Amigo es aquel con el cual se comparten los dolores y se duplican nuestras alegrías”. La descripción más hermosa del verdadero amor es la bien conocida acerca de la caridad en la Epístola de San Pablo a los Corintios a la cual Henry Drummond llamó “el espejo del amor”. La palabra “caridad” viene del latín “carus”, querido. Hombre caritativo es aquel para quien todas las cosas son queridas.

Pero a veces el amor debe ser cultivado. No siempre nace naturalmente. El Dr. Erich Fromm afirma: “Esta facultad debe cultivarse. No surge espontáneamente como creemos muchos de nosotros”. Y el Dr. Alexis Carrell expresa la misma idea. Quizás ésa sea la gran lección de la vida.

Y llegamos a la pregunta sobre qué es “agápe” o Amor Divino. ¿Quién puede contestarla sino quien lo haya experimentado? El hombre consciente de la Divinidad lo sabe y, así, el Señor Krishnamurti asevera: “No se puede hablar de amor, porque es un estado del ser”.

Dejad me cerrar el capítulo con una magnífica descripción del verdadero amor que iguala la del Apóstol San Pablo. Se encuentra en “IMITACION DE CRISTO”, de Tomás de Kempis:

“El amor siempre vela y, durmiendo, no se adormece.
Aunque fatigado, no se cansa.
Aterrorizado, no se turba.
Cuando está angustiado, no se abate.
Pero, como una llama viva y una ardiente
antorcha, sube a lo alto
siempre hacia arriba, y sin obstáculo
todo lo penetra.
El que ama conoce lo que dice esta voz”.

CAPÍTULO X

LAS ALAS DEL ALMA

Recordemos una vez más aquella definición del hombre hecha por San Pablo: “cuerpo, alma y espíritu”. El cuerpo es la casa donde moramos mientras concurrimos a la Escuela de la Vida. El alma es nuestro “yo” pensante y senciente, que sigue pensando y sintiendo más vívidamente aún después de la muerte. Entonces ¿Qué es nuestro “yo” espiritual?. Es una chispa de la Eterna Llama que nunca ha abandonado la Fuente de la cual ha surgido. El cuerpo y el alma son justamente una parte del “yo” espiritual enviada a estos mundos.

Cuando alcanzamos un cierto nivel de desarrollo podemos despertar a la “conciencia” de aquello que es eterno dentro de nosotros y volvernos uno con él.

¿Cómo se logra?. Por aspiración, por “plegaria” rectamente entendida y por la certeza de que se lo puede alcanzar ya que es nuestro verdadero “yo”. El es la fuente de toda sabiduría, amor y poder. Y también es sempiterna bienaventuranza porque, como Cristo dijo, el Reino de los Cielos mora dentro de nosotros.

¿En qué consiste la conciencia espiritual?. No en ser piadoso, ni en ser psíquico.

La Dra. Besant la definía como la percepción intuitiva de la unidad de toda vida. Dije ya que es la fuente de sempiterna bienaventuranza. Todos deseamos la felicidad.

Esta es un reflejo muy velado del conocimiento de que la bienaventuranza se encuentra en nuestros propios “yoes”. Pero no hallaremos en el plano físico más que la sombra de la verdadera belleza... Así H. P. B. nos aconseja no buscar la felicidad en los mundos materiales. Afirma: “La felicidad no se debe conquistar sobre la tierra. Aquí nos hallamos tan sólo en el oscuro salón de entrada y recién veremos la luz cuando abramos el portal hacia la verdadera morada de la Vida, en la sala donde se recibe la Vida. Los Cielos, el Nirvana o Swarga son la misma cosa; el nombre no importa. En cuanto a lo que concierne al Divino Principio, es Uno, y hay sólo Una Luz a pesar de ser comprendida de modo diferente por las diversas oscuridades terrenales. Esperemos con paciencia el día de nuestro verdadero, nuestro mejor nacimiento”.

Ese milagro de sabiduría y de bienaventuranza que es la unión consciente con la Vida misma nos aguarda a todos. Lo buscamos por continua aspiración con ese silencioso elevarse del corazón hacia los Cielos que Plotino llamó “el vuelo del solitario al solitario”. (Otra traducción: “el vuelo del uno al Uno”). Alguien ha dicho: “La plegaria es el deseo del alma, expresado o no”.

El hombre posee dos alas con las cuales puede alcanzar el cielo: su mente y su corazón. Pero son como las alas de un ave enjaulada. Puede suspirar con la esperanza de volar, pero no puede hacerlo y abandona el canto. Así, nosotros hemos de romper las rejas de la jaula de nuestro egoísmo, nuestros deseos personales e individuales ambiciones, uno por uno, y aprender a volar.

Podemos alzar el vuelo cuando el ala de nuestra mente rebosa de pensamientos bellos y -veraces y el ala del corazón rezuma sentimientos puros, ardientes e inegoístas.

¿Habéis observado, alguna vez, el vuelo ascendente de una alondra?. Vuela más alto que casi todas las otras aves, vertiendo en canto su pequeño corazón. Y, si se la puede aún distinguir, se verá que al llegar muy arriba descansa sus alas flotando en el aire.

Así nuestras almas debieran volar cada vez más alto hasta alcanzar ese “silencio de los cielos” en que las alas están firmes y quietas, el primero de los estados místicos. Este es el verdadero sentido de la plegaria, la elevación hacia el corazón de la Vida. Entonces la Vida fluye hacia abajo y colma de alegría y belleza al pequeño corazón humano que luego la irradia para felicidad de quienes lo rodean.

Observad una vez más al ave pequeña.

Lleva siempre levantada la cabeza en la dirección del vuelo. Esto es un símbolo de la voluntad humana, de la intención que señala con firmeza el camino ascendente. Buscadlo con la mente por medio de amables pensamientos y nobles ideales. San Pablo escribió a los Filipenses: “Y por último, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si hay algo digno de alabanza, en esto pensad”. Porque lo que un hombre piensa en su corazón, así es él y así se vuelve y buscar es siempre hallar. Aquello que pedimos con el corazón, con todo el corazón, por ardiente aspiración y anhelo, seguramente nos será otorgado.

Y, al fin, golpead a la puerta y se os abrirá. Esto se hace por medio de la acción que bendice y ayuda a las otras vidas.

Quizás lo mejor que puedo hacer es citar la famosa Plegaria de San Francisco de Asís, el más querido de todos los santos cristianos:

“Señor, haz de mí un instrumento de Tu Paz.
Donde haya odio siembre yo Amor;
donde haya ofensa, Perdón;
donde haya duda, Fe;
donde haya desesperación, Esperanza;
donde haya oscuridad, Luz;
donde haya tristeza, Alegría.
Oh, Divino Maestro, que no busque yo tanto
ser consolado como Consolar,
ser comprendido como Comprender,
ser amado como Amar.
Porque es dando como se recibe,
perdonando como somos perdonados,
y muriendo como nacemos a la Vida Eterna”.

De este modo, por amor, llegamos al Corazón del Mismo Amor.

CAPÍTULO XI

EL LUGAR DE LA BELLEZA EN NUESTRA VIDA

El hombre ha tratado de definir la belleza. Wordsworth la describe como “una multiplicidad de partes simétricas que se unen en un todo constituyente”. Coleridge expresa algo similar: “La antigua definición de la Belleza en la escuela romana era “multiplicidad en la Unidad”, y no hay duda de que tal es el principio de la Belleza.

Pero Plotino afirma que esto no explica la simple belleza como la del sol y de las estrellas. “Es opinión general que una cierta igualdad de partes, de cada una en el todo, con adición del color, genera esa belleza que atrae la mirada, y que la belleza del todo consiste solamente en lo conmensurable y en lo moderado... Pero de tal definición se deduce que los bellos colores y la luz del sol, puesto que son simples y no reciben su belleza de lo conmensurable, deben excluirse de las regiones de la belleza... De modo similar, los más simples sonidos musicales serían extraños a la belleza aunque, en un canto totalmente bello, cada nota ha de ser bella en cuanto resulta necesaria a la existencia del todo”.

Los griegos antiguos buscaron la unidad esencial. Para ellos la belleza no reside en la forma, que es una “epifanía” (manifestación), sino más bien en la idea inconmensurable y, por último, en la omnipenetrante Vida. Dice una vez más Plotino: “La Belleza, en su mayor parte, se percibe en los objetos visuales; pero también a través de los oídos, en la hábil composición de las palabras y la consonante proporción de los sonidos; porque la Belleza se encuentra en toda clase de Armonía. y si nos elevamos de los sentidos a las regiones del alma, percibiremos allí estudios y oficios, acciones y costumbres, ciencia y virtudes, dotados de una mayor proporción de belleza. Pero que exista una Belleza aún más elevada que ésta se comprobará a medida que nos adelantemos en su investigación.

Hay tres etapas en la percepción de la Belleza: la sensual, la ideal y la espiritual.

Cada una se alcanza por medio de la comprensión y trascendiendo la etapa inferior. En las enseñanzas de la sacerdotisa Diotima a Sócrates, ella observa: “El recto camino, ya se guíe el hombre por sí mismo, ya conducido por otro, hacia los misterios del amor consiste en comenzar con las bellezas terrenales y elevarse luego hasta esa otra Belleza, usando aquéllas sólo como escalones, pasando del primero al segundo y del segundo a todas las demás bellezas, y de las bellas formas a las bellas ocupaciones, de las bellas ocupaciones a las bellas nociones, hasta que de las bellas nociones se llega a la noción de la Belleza absoluta y, por último, se conoce la esencia de la Belleza”.

La Eterna Belleza es Vida Eterna. Dice una vez más el amado Plotino: “Por lo tanto remontemos hacia el mismo Bien al cual tiende toda alma y sólo en el cual puede encontrarse reposo perfecto... Los que penetran en los santuarios de estos sagrados Misterios... habiendo abandonado todo lo que resulta extraño a Dios, solitarios contemplan el Principio Universal, en su soledad, simplicidad y pureza; a él del cual todo depende y

hacia cuya trascendente perfección se dirigen los ojos de toda inteligente naturaleza, porque él es la verdadera causa de la Vida, de la Inteligencia y del Ser”.

“El Bien en sí mismo es perfectamente puro, no limitado por ningún peso del cuerpo y de la carne, no existiendo en los cielos ni en la Tierra, ni representado por las más bellas formas que la imaginación pueda concebir; puesto que éstas son todas adventicias y mezcladas, meras bellezas secundarias que proceden de la Belleza misma”.

La sacerdotisa Diotima expresó: “Pero, ¿qué sucedería si el hombre tuviera ojos para ver la auténtica Belleza, la Belleza Divina - quiero decir - pura, clara, no mezclada, no empañada con la polución de la mortalidad y de todos los colores y vanidades de la vida humana, contemplándola y hablando con la verdadera Belleza simple y divina?. Medita en cómo tan sólo en esa comunión, observando la Belleza con los ojos de la mente, podrá producir, no las imágenes de la Belleza, sino las realidades (porque no ha visto una imagen sino una realidad) y, produciendo y nutriendo la verdadera virtud, se convertirá en amigo de Dios y será inmortal, si un hombre mortal puede serlo”.

La Belleza representa un eterno Principio Divino y siempre evoca al Amor. La Segunda Persona de la Trimurti o Trinidad Hindú es Vishnu, el dios del Amor, y su “shakti” o esposa es la diosa Lakshmi, la diosa de la Felicidad y de la Alegría. Esta también es un poder creador. Cuando, como Narciso, contempló su imagen reflejada en las aguas del Espacio, se enamoró de ella y creó el Universo.

Diotima dice que los hombres aman lo bello que puede pertenecerles. Cuando preguntó a Sócrates qué ofrece la posesión de la Belleza, él no supo qué contestar. Entonces la sacerdotisa cambió la expresión “lo bello” por “lo bueno”. De ese modo Sócrates comprendió que la posesión del Bien da Felicidad y que los hombres la desean para siempre, porque quieren nacer bellos ya sea en cuerpo como en alma. Dice Diotima que la fuerza y la gracia de los hombres genera cuerpos ansiosos de in mortalidad, mientras que las almas plenas crean poetas, artistas e inventores. “¿Quién, - pregunta ella - cuando piensa en Homero, Hesíodo y en otros grandes poetas no quisiera que sus hijos fuesen niños corrientes?”.

El deseo es el impulso cósmico hacia la Unidad. Por ello afirma Plotino: “En verdad, todo lo que es deseable resulta una especie de bien, puesto que el deseo tiende hacia él”. Por lo tanto existe un deseo universal de felicidad debido a la atracción de la Belleza.

En el **“CANTAR DE LOS CANTARES”** de Salomón se leen estas hermosas palabras: “Mi amado habló y me dijo: Levántate, Oh amiga mía, hermosa mía, y vente./ Porque he aquí ha pasado el invierno, hase mudado, la lluvia se fue;/ hanse mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción es venido, y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola.” (Capítulo 2, 10-11-12).

Angus era el dios Eros entre los celtas y su lugar de residencia era el Tir-na-og, el país de la Eterna Juventud. ¿Cuál es nuestro camino hacia esa Belleza Suprema?.

Thomas Taylor dice: “A este respecto se debe observar el requisito de que nuestro ascenso a esta región de la Belleza ha de realizarse por adelantos graduales; porque, debido a nuestra asociación con la materia, es imposible llegar directamente y sin pasos previos a tal trascendente perfección, sino que debemos proceder como aquellos que van de la oscuridad a la luz más brillante avanzando desde lugares algo iluminados hasta los más luminosos”. Esto me trae a la memoria la alegoría de Piatón acerca de los hombres que

observaban las sombras sobre la pared de una caverna los cuales, cuando volvieron la cara hacia la luz, en un primer momento quedaron enceguecidos.

Plotino asevera lo mismo: que la prístina belleza de nuestro “yo” se ha nublado y manchado por su contacto con la materia y que, para poder percibir la verdadera belleza, hemos de aprender a despojarnos gradualmente de esta impureza, puesto que “es necesario que el ojo que percibe y el objeto percibido sean semejantes el uno al otro antes de que se realice la verdadera contemplación... Por lo tanto, todos deben tornarse divinos y de divina Belleza antes de poder contemplar a Dios o a lo Bello mismo”.

Sólo quien es puro puede percibir lo puro. Plotino agrega que vemos aquello que encuentra respuesta en nosotros. “Por lo tanto, para el hombre bueno, la virtud que brilla en la juventud es hermosa porque guarda correspondencia con la virtud yacente en lo profundo de su alma”.

De esta manera, el Sendero es un ascenso en respuestas. Y, según las palabras de Plotino, éste es el método: “Ha llegado ahora el momento, dejando atrás todos los objetos sensuales, de contemplar, por medio de un cierto ascenso, una belleza de orden mucho más elevado, una belleza no visible a los ojos corporales sino manifestada sólo a una más amplia visión del alma, independiente de todo auxilio corporal”.

El aspirante ya ha comprobado que todas las cosas bellas constituyen etapas de la manifestación de la belleza y ha tratado de amarlas y servir las. Diotima afirma que el hombre, desde joven, debería cultivar la observación y admiración de la belleza. Y luego amar sólo una bella forma creando bellos pensamientos. Después, infiriendo que la Belleza se encuentra en todas partes y es una y siempre la misma, se convertirá en amante de todas las bellas formas. Al fin amará la belleza de la Mente y sentirá la dicha de amar a quien la posee y lo servirá. Y, por último, en lugar de comportarse como un esclavo enamorado de una persona o de una institución, se dirigirá al vasto océano de la Belleza y lo contemplará, creando infinitud de hermosos y nobles pensamientos con un amor sin límites hacia la Sabiduría hasta que, por último se le revelará la visión de una sola ciencia, que es la ciencia de hallar la Belleza en todo lugar.

“Tus ojos contemplarán al Rey en Su Belleza ya la tierra que se encuentra muy, muy lejos”.

Plotino dice que quien quiera contemplar esta Belleza ha de aprender a retirar la vista aun de las más agradables formas corpóreas y, convencido de que ellas no son más que imágenes, vestigios y sombras de la belleza, (“Lo grande, lo sublime, lo bello, éstas son las imágenes de Dios sobre la tierra”. José Mazzini) debería elevarse ansiosamente hacia el sublime origen del cual derivan, como si dijeran: “Abandonemos este lugar y retornemos a la hermosa morada de nuestro Padre”. Plotino recomienda un sistema de meditación que consiste en dirigir el pensamiento hacia lo interno tratando de percibir lo Bello en él. Debemos despojarnos de todo lo que no es bello hasta que logremos percibir la verdadera Luz y solamente esa Luz, inmensurable, excelente y en todo sitio. Entonces no necesitamos guía alguna porque hemos de fijar con firmeza nuestra visión mental, puesto que sólo con los ojos de la mente puede captarse tan inmensa Belleza. Plotino nos advierte que, si el ojo de la mente no se encuentra purificado por completo y aún permanece manchado de sórdidos asuntos, se oscurecerá de inmediato y resultará incapaz de alcanzar la intuición, porque el percibidor y lo percibido deben asemejarse el uno al otro antes de que pueda

efectuarse la verdadera visión. Recién entonces comprobará que todas las cosas son bellas porque una porción de lo bello mismo las irradia envolviéndolas.

Podemos comprender por qué Dios ha implantado Su imagen en nuestro fuero íntimo. Como dice Proclo: “El Creador del Universo ha dejado las huellas de Su propia perfecta excelencia en todos los seres... y, por estas místicas impresiones que corresponden a Su Naturaleza, ellas se encuentran unidas a su fuente de origen, despojándose de su propia esencia y apresurándose a convertirse en Su sola imagen”.

Una vez más la belleza produce el Amor y la Unión es Bienaventuranza: “¿Con qué ardiente amor,” - exclama Plotino - “con qué fuertes deseos se sentirá inflamado quien disfruta esta transportadora visión al mismo tiempo que se hallará afectado con tanta vehemencia como para convertirse en uno con esta suprema belleza...?. ¿Cuál debe ser el estado de ese ser que contempla la misma Belleza?”. Como dice Diotima:

“Una Belleza que, una vez contemplada, hace palidecer toda otra belleza”.

Deberíamos cultivar en nuestro interior la respuesta a la Belleza. Entonces no seríamos crueles jamás. Conocí cierta vez a un hombre que no tenía oído para la música.

Metódicamente concurría a conciertos tras concierto tratando de “escuchar”. Se convirtió en el mejor crítico musical de mi conocimiento. En nuestras almas la Belleza contribuye a la gracia y la bondad. Citando a Plotino una vez más: “Los cuerpos mismos participan de la belleza que llega del alma la cual, como algo divino y parte de la misma Belleza, embellece todo a cuanto ella se prodigue y domine hasta donde su natural capacidad lo admita. . . Porque tal belleza, siendo suprema en dignidad y excelencia, no puede menos que lograr que sus adictos sean bellos y amables”.

La prueba de la belleza del alma es el amor, la alegría, la fe y el deseo de sufrimiento. En las orillas del Yliso, Sócrates, después de haber instruido al joven Fedro acerca de las carrozas del alma, oró: “Amado Pan, y todas vosotras, deidades que habitáis este lugar, dad me la belleza interior del alma, porque el hombre exterior sea uno con el hombre interior”.

El amor a la Belleza es, en esencia, religioso. El Dr. Alexis Carrel dice: “El amor a la Belleza conduce al misticismo. El canto se transforma fácilmente en plegaria”. Afirma también: “Los sacerdotes han racionalizado la religión. Han destruido su base mística. De este modo no han podido atraer al hombre moderno”. Un alemán de prestigio ha dicho que la base de la verdadera religión es el sentido de lo Santo, el sentido del Milagro. Esa es la raíz de la nueva religión que está alboreando en el mundo: la Religión de la Vida Misma, santa, maravillosa, noble, inviolable. Nosotros también podemos contemplar al Rey en toda Su Belleza, pero los ojos con los cuales Lo veremos no son los terrenales, sino los abiertos a la intuición, como lo expresó Platón:

“Contemplando lo Bello con ese ojo tan sólo con el cual es posible contemplarlo”.

Permítanme citar una vez más a la bella sacerdotisa Diotima: “Aquel que hasta aquí ha sido instruido en los misterios del amor y que ha aprendido a ver lo bello en debido orden y sucesión, cuando se acerca el final percibirá repentinamente una naturaleza de maravillosa belleza (y esto, Sócrates, es la causa final de todos nuestros anteriores trabajos), una naturaleza que en primer lugar es sempiterna, no crece, ni disminuye, ni se desvanece; en segundo lugar, no es en parte bella ni fea; no se le presentará aquella Belleza como un rostro ni como manos, ni como ninguna de las formas que tiene el cuerpo ni en pensamiento ni en conocimiento, ni la hallará subsistiendo en otra cosa como, por ejemplo,

en un animal, en la tierra, en el cielo, ni en ninguna otra parte, sino que subsiste porque es Belleza Absoluta y siempre uniforme: y todas las demás cosas bellas participan de esta belleza de una manera tal que, ya nazcan o perezcan todas, ella perdura por siempre sin sufrir variación alguna”.

“Aquel que, de éstas (bellezas secundarias) asciende en forma progresiva bajo la influencia del verdadero amor, comienza a percibir esa Belleza; no se halla lejos de la meta”. Cuando me encontraba en Adyar, India, (Sede Internacional de la Sociedad Teosófica) solía escuchar a unos pescadores que entonaban siempre la misma canción. Un día alguien me proporcionó la traducción libre de la misma:

“Oh, hermosa mía, ven a mi corazón.
¿Qué es el canto sin el cantor?.
¿y qué es el canto sin ti?.
Oh, hermosa mía, ven a mi corazón
y deja su música en libertad”.

En este capítulo se leen escasas expresiones de mi cosecha. Es que han hablado por mí mis queridos griegos de la antigüedad ya que sus palabras son mucho más bellas.

CAPÍTULO XII

NACE UNA NUEVA RELIGIÓN

Está surgiendo una nueva forma de religión en el mundo. La llamo la Religión de la Vida misma. Hace muchos años el Maestro M. dijo que una ola de misticismo recorría Europa. Ahora está recorriendo todo el mundo. Es asombroso ver cuántas asociaciones ocultas y místicas brotan por doquier y continuamente. Una vez al año se realiza en Londres una reunión conjunta de cierto número de ellas. Creo que Paul Brunton inició este movimiento y puedo nombrar por lo menos veinte sociedades de “meditación” que ya están funcionando.

No hace mucho solicité a cierta cantidad de corresponsales que me informaran si habían experimentado lo que el Dr. Bucke llamó **“CONCIENCIA COSMICA”**. Quedé sorprendida ante los resultados; recibí un número bastante considerable de respuestas que intentaban contarme esa indescriptible experiencia. Aquí transcribo una que las representa a todas. “Una vez experimenté la Conciencia Cósmica. Mi marido y yo viajábamos en automóvil atravesando un bosque de regreso a casa después de una reunión teosófica y de pronto, en el auto, me sentí una con todo lo que me rodeaba, el bosque, los árboles, los animalitos silvestres, la gente que vivía en los alrededores, las otras dos personas que se hallaban junto a mí en el automóvil y el mundo entero.

Esta experiencia me sobrevino repentinamente y se desvaneció poco a poco en casi media hora, aunque traté de retenerla tanto como me fuera posible. Fue una vivencia maravillosa y sigo pensando en ella con la esperanza de volverla a experimentar, pero desde entonces no tuve ninguna otra”. Las demás cartas son similares a ésta. Dicen que la experiencia les aconteció de repente sin que se la esperara. “El Reino de Dios no vendrá con advertencia” (Lucas, 17:20).

Recuerdo a un gran amigo mío que me comentó haber vivido tal estado inesperadamente al hallarse en una tienda. Es evidente que en ese tipo de prueba no se tiene en cuenta las personas. “El viento sopla por donde quiere y tú oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan, 3:8).

Todo esto es muy profético. No falta mucho para que la primera Raza verdaderamente espiritual venga a habitar sobre la Tierra. Está comenzando el Reino del Espíritu. y con El vendrá no solamente la unión de todas las creencias, sino también la fusión de todos los reinos y el fin de las guerras y de las miserias. Todo hombre lleva en su profunda interioridad la inmortal chispa de esa Divina Belleza y sabiduría, ese “Cristo en vosotros, esperanza de Gloria” como dijo San Pablo. Sólo él puede “salvarlo”, dice correctamente H. P. B.

Pero, ¿De qué debe ser salvado?. Nada más que de su propia ignorancia y de su consiguiente egoísmo. Ahora bien, ¿Por qué - podemos preguntarnos - el pobre hombre ha de soportar un período tan largo de ceguera y de dolor?. Es la ley de la Evolución. Todo comienza de una manera infinitesimal. ¿Acaso nace un niño completamente desarrollado?.

No, pero en ese incipiente afloramiento de la vida está contenida toda la potencialidad y promesa de lo que se manifestará más tarde.

De modo que todo resultará bien finalmente. Una dulce Santa medioeval, Lady Juliana de Norwich, tuvo lo que se da en llamar “conversaciones interiores” en las cuales el místico cree hablar con Dios. Ella se sentía muy preocupada por los pecados del mundo. “Un día - escribe ella - pregunté a Dios acerca del pecado y Dios me explicó que no existía el pecado sino que, por cada dolor que soportemos en la tierra se nos darán mayores glorias en el futuro”.

Quien cree en el futuro final del amor y de la alegría está más cerca de la verdad que aquel que se siente agobiado por los sufrimientos de la vida.

Los poetas se aproximan a la verdad más que los filósofos. Todos deberíamos recordar las muy conocidos versos de Robert Browning:

“Truth is within ourselves, it takes no rise
From outward things, whatever you may believe.
There is an inmost centre in ourselves
Where truth abide in fullness, and to know
Rather consists in finding out a way
Whence the imprisoned splendour may escape
Then by effecting en trance for a light
Supposed to be without”.

La verdad está dentro de nosotros, no nace
de las cosas exteriores, cualquiera sea tu creencia.
Hay un profundo centro dentro de nosotros
donde la verdad se encuentra en su plenitud, y el conocerlo
consiste más bien en hallar una salida
por donde pueda escurrirse el prisionero esplendor
que en abrir la entrada para una luz
que suponemos encerrada.
(Traducción literal).